

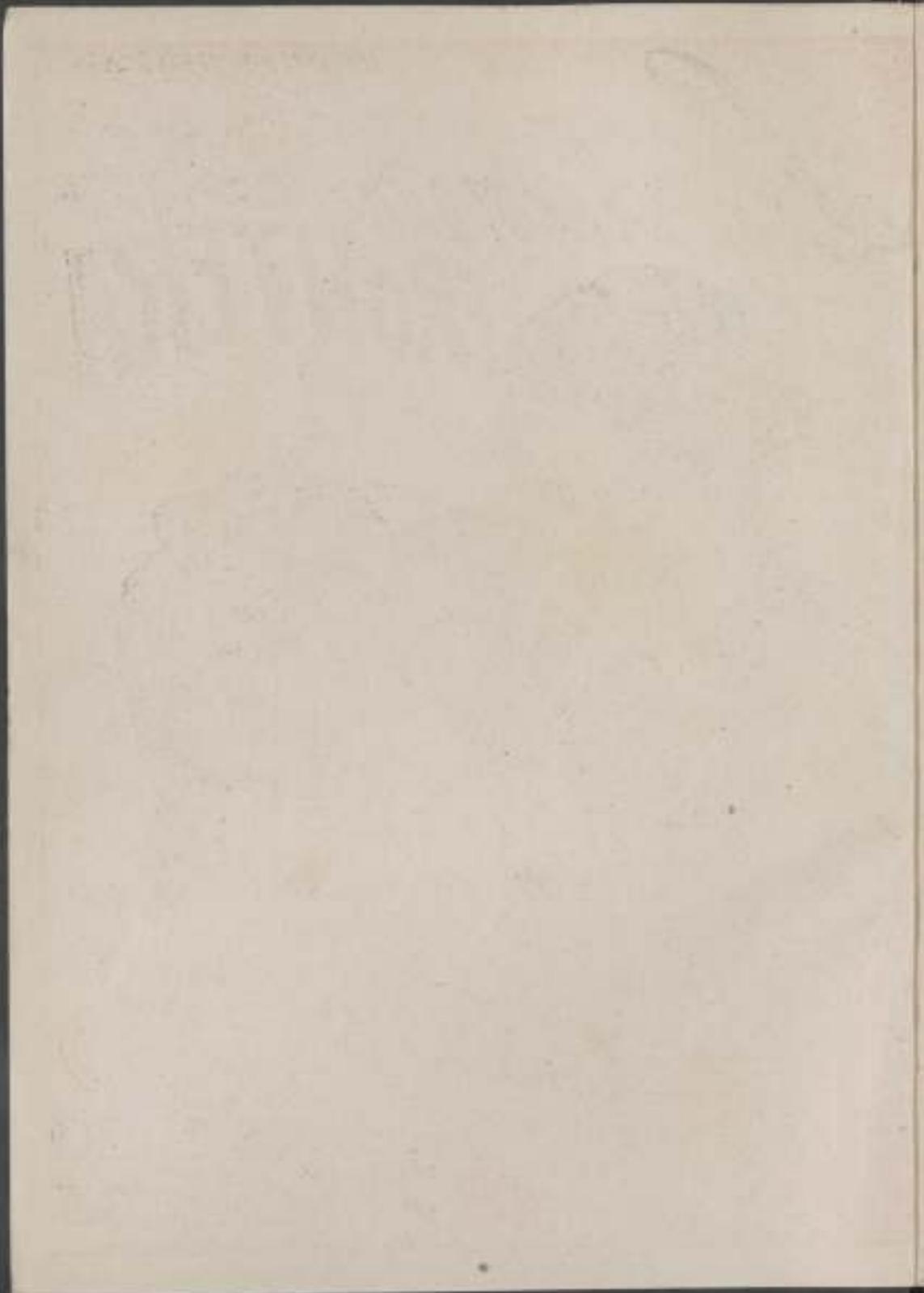
★ EDICIONES BIBLIOTECA FILMS
Serie Especial

La dama de la **FRONTERA**

Editorial **ALAS**



Tvonne
DE CARLO
Rod CAMERON





LA DAMA DE
LA FRONTERA



Reservados los derechos de
traducción y reproducción

ARTES GRÁFICAS ESTILO
Valencia, 234 - Teléfono 70697
BARCELONA

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

Director propietario: RAMON SALA VERDAGUER

ADMINISTRACION Y REDACCION
APARTADO DE CORREOS 707 - BARCELONA

AGENTS DE VENTAS Sociedad General Española de Librería
Barbad, 16, Barcelona - Terner, 4, Madrid

EDITORIAL

AEAS



AÑO XX

SERIE ESPECIAL

NUM. 365

Núm. 119

LA DAMA DE LA FRONTERA

Una, diez, veinte, mil veces nos ha ofrecido el cine una visión del Oeste americano, que empieza con las primitivas películas de caballistas que lanzó al mundo la «Triangle» en la época del cine mudo, señoreándose de la pantalla las figuras de William S. Hart, Tom Mix y Broncho Bill, hasta nuestros días de cine sonoro enriquecido con deslumbrante tecnicolor, que hace posible presentar un jinete de la talla de Rond Cameron, junto a la dinámica belleza que es Yvonne de Carlo, desarrollando un asunto que excita e interesa cuando persiguen al inocente, que provoca la risa en muchas escenas y emociona en los momentos sentimentales.

EXCLUSIVA



C. B. FILMS

Paseo de Gracia, 91
BARCELONA

PRINCIPALES INTERPRETES

<i>Lorena Dumont</i>	Yvonne de Carlo
<i>Johnny Hart</i>	Rod Cameron
<i>Big Ben</i>	Andy Devine
<i>Fuzzy</i>	Fuzzy Knight
<i>El Juez Prescott</i> . . .	Andrew Tombes
<i>Blackie</i>	Sheldon Leonard

Director:

Charles Lamont

Narración literaria por
Marcos Estrada

UN PERSEGUIDO

El paisaje no podía ser más encantador ni más amplio. Árboles gigantescos, altas montañas, en cuyas cimas no se había fundido la nieve todavía, y caminos abruptos por los que cabalgaba en veloz carrera un buen jinete. La marcha que llevaba daba a entender que no podía perder tiempo, que de cada minuto dependía su vida y por esto espoleaba a su caballo negro que volaba sobre el terreno, vadecía los ríos identificado con su amo, sin caer ni tropezar, porque estaba empeñado en salvarle.

A buena distancia, aunque no lo suficiente apartado para dejar de ser un peligro, galopaba un grupo de caballistas en persecución del solitario caballero que huía. Eran seis los que disparaban para ver si lograban que el perseguido detuviera su desenfrenada carrera; pero no eran los tiros lo que debía pararle. Echado casi sobre su caballo había logrado salvarse de las balas de sus perseguidores. A medida que corría el paisaje variaba de aspecto y un bosque acogedor apareció ante sus ojos, y estuvo seguro de que los corpulentos árboles le prestarían algún servicio. El bosque era cada vez más denso y al pasar por debajo de un enorme pino, aquel hombre tuvo una idea genial. Paró el caballo debajo del árbol, se puso de pie sobre su lomo y cogiéndose de unas ramas bajas buscó la manera de esconderse entre el follaje.

—Ahora corre a esconderte tú— dijo al caballo, y entendiéndolo

muy bien lo que le decía su amo, también halló un escondrijo en el que, como aquél, aguardó muy quieto hasta que pasaran de largo los seis hombres que iban en su busca y captura. Tal como lo había previsto, pasaron por debajo del árbol en que se hallaba escondido el héroe de esta historia, galopando a una velocidad de espanto.

Les vio pasar el jinete solitario y dió un ligero silbido. Se presentó su caballo y montándolo de nuevo emprendió la ruta más corta hacia el poblado.

El pueblo de Red Horse Gulch, situado en la frontera canadiense era uno de los más bulliciosos. Sus calles, sin urbanizar, estaban siempre pobladas de aventureros que iban y venían en busca de oro y riquezas. Esta población flotante había dado vida al gran café de Lorena Dumont, una mujer joven y muy guapa, propietaria del local, que lo conducía con tanto acierto y buena administración como habría hecho un hombre de negocios.

El jinete perseguido había logrado despistar a los que le seguían con la jugarreta del árbol y había podido llegar a Red Horse Gulch sin que nadie le molestara. Saltó del caballo, ató la brida en el poste ya a propósito para los clientes que llegaban allí montados, que eran muchos, y con paso decidido penetró en el café sin hacer caso de las miradas de sorpresa que le dirigían los concurrentes. Llegó hasta el bar, donde no había ya espacio y separando cuidadosamente a dos clientes, se situó entre ellos.

—¡Buenas tardes, forastero!—dijo el que acababa de llegar.

—No soy ningún forastero—contestó «Búfalo» sorprendido.

—Para mí eres un forastero, porque no te conozco.

—¿Qué desea tomar?—dijo el encargado del mostrador.

—Whisky.

Eran muchos los que se preocupaban de lo que ocurría en el bar porque el recién llegado no era desconocido de todos. Había algunos que sabían muy bien que era Johnny Hart, propietario de un rancho a no gran distancia y se hablaba de cierto tiroteo ocurrido pocos días antes.

—¿De dónde viene usted?—inquirió «Búfalo».

Johnny le interrogó con una mirada, pero «Búfalo» no se dió por vencido.

—¿Adónde se dirige usted?—insistió.

—¡Qué importa!—se dignó contestar.

A «Búfalo» se le ocurrió que el forastero podía proceder de la cárcel y sin detenerse a meditarlo mucho, le dijo:

—Es un lugar magnífico. Yo estuve una vez allí.

En la cara de Johnny apareció una sonrisa porque adivinó la idea de su compañero de bebida.

—¿Qué hace usted aquí?—preguntó de nuevo «Búfalo».

—He venido en busca de una persona.

—¿Quién?

—Un hombre.

—¿Un hombre? ¿Alto? ¿Un hombre bajo?—preguntó Fuzzy que estaba al otro lado de Johnny.

Un hombre de aspecto algo distinto a la mayoría de los que frecuentaban el local, tanto por su cara como por su manera de vestir, se acercó al mostrador y dirigiéndose a Johnny le habló en los siguientes términos:

—Soy el juez Prescott y si usted tiene que hacer una denuncia contra alguno de mis ciudadanos, dígamelo.

—No podría, porque ignoro su nombre. Ni le he visto siquiera—explicó Johnny—; pero, en cambio, él me conoce.

—¿Cómo sabe usted esto?—preguntó el juez interesado.

—En cierta ocasión disparó contra mí desde un escondrijo.

—Y es posible que ahora le esté vigilando a usted. ¿Ha pensado en ello?

Fuzzy miró al juez y luego miró a Johnny. Las palabras del primero no eran muy tranquilizadoras.

—Me voy—dijo Fuzzy—, que a lo mejor tiene mala puntería.

—Yo en su lugar—dijo el juez—no me preocuparía más de este asunto. ¡Créame!

Se alejó el juez seguro de no haber convencido al forastero y una joven de las del local, se acercó a Johnny.

—¡Hola, grandullón!—le dijo mirándole con entusiasmo—. Me llamo Gracia, y tú, ¿cómo te llamas?

Johnny apenas la escuchaba.

—¿No me invitas a beber algo?

—¡No fastidies!—dijo Johnny.

—Es que me estoy muriendo de sed.

El caballista la miró con desdén y aun cuando pareció que iba a decir algo peor se limitó a exclamar:

—¡A mí me importa un comino!

Como insistiera la muchacha en hablarle y acercársele, Johnny no tuvo más remedio que apartarla ligeramente para hacerle comprender que le molestaba.

Ofendida la joven le propinó un soberbio bofetón, a lo que él contestó con otro que la hizo caer al suelo.

—Oiga, joven, aquí no nos gusta que maltraten a las señoritas—dijo «Búfalo».

—¿Qué señoritas?—preguntó riendo Johnny.

—¡Esto se acabó!—exclamó «Búfalo» dando un puñetazo, que de momento desconcertó a Johnny—. Ya va siendo hora de que sepa usted que aquí el gallo de pelea soy yo.

Se repuso el ofendido rápidamente propinando un directo a «Búfalo» que le dejó tendido en el suelo. Miró Johnny a los que le rodeaban.

—Creo que el gallo de pelea ahora soy yo, ¿no?

Sentíase el hombre satisfecho de su hazaña cuando un botellazo le dió a entender que no había atabado todavía con todos los gallos de aquel gallinero. Abrió los ojos en cuanto hubo pasado el dolor y la sorpresa del golpe para encontrar ante sí a una mujer hermosísima, joven y encantadora; vestida con un traje de noche muy exagerado en el que no faltaban adornos de plumas.

—Está usted en un error... el gallo de pelea soy yo... y no quiero bromas en mi establecimiento—dijo la belleza.

Johnny abrió los ojos desmesuradamente, porque jamás hubiese creído que una mujer de semejante hermosura pudiera ser la propietaria del antro de vicio que era aquel local.

—No vuelvas a hacer el bruto—dijo la joven dirigiéndose a «Búfalo».

—Pero Lorena...

—Te digo que te vayas, «Búfalo».

El forastero miraba a Lorena y escuchaba las órdenes que daba a «Búfalo».

—¿Conque usted es aquí el gallo de pelea?

—Me parece que lo he dicho bien claro.

—En casa tengo un colchón lleno de plumas de gallo—dijo

Johnny, y dió media-vuelta para terminar el whisky que le había quedado en la copa.

Lorena se sintió molesta e hizo una seña a Fuzzy, el pianista, para que tocara el piano. Se apartó ella de Johnny y al oír la música que tocaba Fuzzy, empezó a cantar. No tenía una gran voz, pero era agradable. Paseando por el café y parándose en una y otra mesa, cantó lo siguiente:

¿Qué es amor?

¿Qué es amor?

El amor es un tiovivo
que rueda sin parar.
El vértigo te coge pronto
y no lo puedes explicar...

¿Qué es amor?

El amor es una rueda de ruleta
aplicada al corazón,
y cada vez que se para
se gana o se pierde la razón.

Terminó la canción y pareció que la calma había renacido en la taberna. Johnny se apartó del bar, y viendo al caballero que se le había acercado anteriormente, presentándose como juez, sentado ante una mesa hojeando un libro que parecía la biblia, se sentó a su lado.

Ante el juez había un vasito lleno de algún licor. Para volver página, mojaba el índice en el contenido del vaso facilitándole la tarea, y una vez la página vuelta, lamía la puntita del dedo.

—¿Todavía va usted en busca de aquel hombre?—interrogó el juez sin levantar la vista—. A lo mejor él también le busca a usted.

—No le conozco, pero si él hace algún movimiento, se detatará.

—Esto en caso de que él no le mate a usted primero.

—Oiga, ¿quién es la muchacha que me dió en la cabeza con una botella?

—Lorena Dumont.

—Esto ya lo sé—repuso Johnny.

—Es la dueña de este café, taberna y fonda.

—Sí, ya lo sé, también.

—Viene a ser como la reina de las abejas de este lugar.

—Sí, eso es lo que ella dijo; pero, dígame, juez, ¿de qué viven en este pueblo?

—De varias actividades—repuso el juez sin dejar de hojear el libro ni de mojar el dedo en el licor.

—De algún que otro asalto a diligencias, ¿verdad?

El juez dejó el libro por un instante y levantó los ojos.

—Hasta la fecha, eso no se ha podido probar.

—Usted es juez, ¿por qué no se preocupa de ello?

—¡Ojalá pudiera hacerlo! Pero mi único deber es juzgar a los culpables cuando me son presentados, no tengo que salir a buscarlos. Soy la mano judicial, no el brazo ejecutivo.

—¿Qué hace el sheriff?

—Está indispuerto—exclamó el juez, abismándose una vez más en su libaco.

—¿Qué tiene?

—Todos los del pueblo consideran que su entiero fué un gran acierto.

La voz de Lorena se oyó de nuevo, cantando la misma canción con otra letra:

¿Qué es amor?

El amor es una tormenta

en una noche de verano...

Salas al campo y la lluvia

cae en tu corazón.

No puedes huir, lo sabes...

Estás enamorado...

Las últimas notas de la canción fueron recibidas con entusiasmo por la concurrencia, que aplaudió frenéticamente a Lorena.

Cruzó el salón con toda parsimonia, sonriendo a uno y a otro fué a sentarse en una mesa donde no había nadie. El juez y Johnny habían seguido con la vista la trayectoria de la dueña del local.

—Es una buena muchacha, pero tiene tan mal carácter... que nadie se atreve a acercársele—explicó el juez.

—Pues no ha de resultar mal, una vez la hayan domado—repuso Johnny, levantándose para dirigirse adonde estaba Lorena.

Aunque ella le vió venir, miró hacia otro lado.

—¡Hola!—dijo Johnny con su recia voz.

—¡No me moleste!

—He venido para hablar de negocios, tengo entendido que usted es mujer de negocios, ¿no?

—Sí—asintió Lorena menos bruscamente.

—¿Tiene alguna habitación para alquilar?

—Sí.

—Necesito una para varios días...

—Vea si le conviene la número 14... primer piso, al final del corredor, a la izquierda.

—Sí, supongo que me convendrá.

—Se paga por adelantado.

Johnny hurgó en sus bolsillos y sacó un billete de veinte dólares. Lorena lo retuvo en su mano sin hacer ningún movimiento.

—¿No me devuelve usted cambio?

—No, es justo lo que vale.

—Sigue usted siendo el gallo de pelea, señorita Lorena...

—Y usted sigue intentando apoderarse de unas plumas, ¿no?

Aunque el tono de la muchacha era poco menos que insolente, no tenía ya la violencia del primer encuentro después del botellazo.

—¿Qué es lo que busca usted aquí, forastero? ¡Dígallo!

—He venido aquí en busca de una información. ¿Entra esto, acaso, en alguna de las ramas de su negocio?

—No vendo informaciones.

—La invito a una copa de champaña, ¿acepta?

—¿Qué se ha figurado usted?

El tono era altivo y el gesto airado, pero a un hombre como Johnny no se le engañaba fácilmente.

—A ver—dijo, llamando a una de las jóvenes que servían—, champaña para la señora.

Lorena no protestó. Johnny apoyó los codos sobre la mesa, y acercándose a la joven, le dijo casi al oído:

—No puedo decirle nada que no se lo hayan dicho ya, ¿verdad?

Ella se hizo hacia atrás, pero no se levantó ni intentó huir.

—Es usted hermosa y peligrosa como el filo de una buena navaja... se lo habrán dicho ya muchas veces, ¿no?

Cosa extraña en Lorena, bajó los ojos y al levantarlos miró fijamente en los de su interlocutor.

—Muchas veces, pero no como acaba usted de decirlo.

—Es usted la única mujer que me ha hecho perder el equilibrio.

—Gracias a una botella de whisky...

—No, gracias a su hermosura.

Cerca del mostrador había un hombre joven, muy bien parecido, que no había quitado los ojos de encima de Johnny desde que había entrado en la taberna. Ahora, al verle sumido en amoroso coloquio con Lorena, no pudo contenerse por más tiempo y arrojó un puñal a Johnny, clavando con él la manga de su camisa sobre la mesa. Lorena ahogó un grito y sus ojos se posaron contra el agresor. Johnny siguió con la vista a la joven y descubrió al que había intentado matarle. Ya tenía al que buscaba; pero de momento sólo le daría una pequeña lección. Arrancó el cuchillo de la mesa y con toda naturalidad lo devolvió a su propietario, lanzándolo a través del espacio y fué a clavarle a un centímetro del hombro del agresor. Palideció éste y comprendió que sería difícil luchar con Johnny. Se levantó éste de la silla y se dirigió adonde se hallaba el lanzador de cuchillos.

—¿Qué significa esto?

—Aquella señorita será mi novia—dijo Blackie.

Miró Johnny a Lorena y luego a Blackie.

—Mi enhorabuena, y le dió un puñetazo en la cara que le hizo rodar al suelo.

Blackie se puso en pie para lanzarse contra su enemigo y pronto estuvieron los dos liados a puñetazos sin piedad por ningún lado. Dos hombres más intentaron separarlos, pero fué inútil, se pegaban con todo entusiasmo. En una mesa donde estaban jugando al «poker», uno de los hombres dijo:

—¿Qué, vamos a ayudarles?

—No—dijo otro rápidamente—, le liquidarán en seguida y además estoy perdiendo cincuenta dólares.

Quando la pelea estaba en su punto álgido entró en la taberna el herrero del pueblo, hombre de fuerza y corpulencia extraordinaria; pero su bondad y corazón eran del mismo tamaño que su cuerpo. Johnny había caído al suelo porque los amigos de Blackie se habían metido en la reyerta, y le hubiese ido mal si no llega a entrar el herrero, quien empezó a repartir golpes con su mano, que más que mano era una maza, y pronto quedó el terreno despejado.

—Gracias por compartir la pelea conmigo—dijo Johnny al herrero cuando se hallaban de nuevo ante el bar para celebrar el triunfo.

—¡Oh, no vale la pena!—contestó humildemente el herrero—. Le agradezco que me haya dejado tomar parte en la bronca.

—¡Ya lo creo que la vale! Hay que celebrarlo. ¿Cómo se llama usted?

—Big Ben, y ahora me gustaría hacerle una pregunta.

—Haga usted.

—¿Cuál es su nombre?

—Johnny Hart.

—Tanto gusto.

—¿Qué tomará usted?

—Lo de siempre—dijo Big Ben, mirando al tabernero.

—Para mí, un whisky—agregó Johnny.

—Quisiera preguntarle otra cosa, Johnny.

—Diga, buen hombre.

El tabernero ofreció a Johnny una copita de whisky y a Big Ben una copa de cerveza que estaba de acuerdo con su tamaño, ya que a lo menos contenía un litro.

—¿Por qué ha sido la bronca?

—Porque querían quitarme la novia.

Lorenz oyó las palabras de Johnny y se acercó a los dos hombres.

—¿Cómo se atreve usted a llamarme su novia?—preguntó, indignada.

—Pero, ¿es que no lo es?

—¡No!

—Pues crea que lo siento mucho.

—Otra cosa: ya le he dicho antes que no quiero peleas en mi local.

—De momento fué lo más divertido que se me ocurrió, la próxima vez organizaré un rodeo. —Volvióse Johnny de espaldas a Lorena, y dirigiéndose a Big Ben, añadió—: Tengo sueño y me voy a dormir. Buenas noches, amigo, y muchas gracias.

—No hay de qué, Johnny—dijo el hombre gordo.

Los ojos de Lorena centellearon. Johnny se encaminó hacia la escalera para subir al piso superior, donde estaban las habitaciones. Ella le siguió.

—Oiga, mal educado, a mí no me deja ningún hombre con la palabra en la boca.

—Tiene usted razón; buenas noches, querida —y bajando la cabeza, le dió un beso sin que ella pudiera evitarlo.

Continuó Johnny su camino, pero ella le alcanzó, pudiendo propinarle un solemne bofetón.

—Vamos, ¿no ha tenido usted bastante? Tome, otro beso.

—Y otro bofetón.

UNA BODA O LA VIDA

Al día siguiente Johnny amaneció muy temprano. Una llamada a su puerta con los nudillos le recordó las aventuras de la noche anterior. Abrió y ante él apareció Lorena.

—Pase usted, amiga mía. ¿Qué la trae por aquí tan temprano?

Vestía la joven muy distintamente de la noche anterior. Sus ojos tenían un brillo y una dulzura distintos.

—He venido para saber quién es usted, qué es lo que está haciendo aquí y qué es lo que quiere.

—No quiero más que a usted, sólo a usted.

Sonrió ella con displicencia.

—Llegó usted ayer noche, no me conocía, jamás me había visto y ahora resulta que sólo me quiere a mí... ¿Pretende usted burlarse de mí?

—No.

—No es usted capaz de pagar lo que yo valgo.

—¿Qué pide? ¿Qué quiere?

Lorena levantó la mano izquierda.

—Quiero joyas, muchas joyas...

—¿Joyas?

—Sí, una sortija, por ejemplo.

—Te compraré el anillo que pides, vas a tener uno para cada dedo y un magnífico collar, si lo quieres. Ven...

Johnny estrechó a Lorena en sus brazos.

—¿Quién es el gallo de pelea ahora?—preguntó él.

—¡Tú!

—Voy a partir en seguida y regresaré mañana con todos los regalos. ¿Estás contenta?

—¡Mucho! ¿Regresarás mañana por la mañana?

—Sí, sin falta.

Partió Johnny hacia sus quehaceres y a Lorena le faltó tiempo para comunicar a sus empleados y clientes amigos que al día siguiente se casaría con Johnny Hart. La noticia sorprendió a muchos porque Lorena no había sido una mujer fácil de conquistar a pesar del ambiente de vicio que la rodeaba.

Regresó Johnny al día siguiente por la tarde y observó que el local de Lorena ofrecía un aspecto de fiesta. Se veían muchas parejas bailando y el bar lleno de hombres bebiendo.

—Beban todos—gritaba el tabernero—, la casa invita.

—No se celebra una boda cada día, ¡muchachos!

—¡Hoy todo es gratis!

Blackie entró en el local con cara de pocos amigos. Le vió el herrero, que también se hallaba allí celebrando con su vaso de cerveza, y le llamó.

—Blackie, ¿adónde vas?

—Yo diría: haz el favor...

—Bueno, ¿haz el favor de decirme adónde vas?

—A ver a Lorena...

—¿Supongo que no se te habrá ocurrido armar camorra otra vez?

—No, nada de eso; voy a llevarle un regalo.

Se apartó Blackie del herrero y con cuatro saltos subió la escalera, se deslizó por el corredor y paró ante la habitación de Lorena.

—¿Quién hay?

Blackie abrió la puerta. Lorena estaba encantadora. Vestía un sencillo traje de calle, abrochado hasta arriba del cuello y se abrigaba con una pelerina de armiño.

—¡Salga de aquí!—gritó al ver quién era su visitante.

—Me trae algo muy importante—dijo Blackie, y entró en el cuarto.

—¿Qué es eso tan importante?—preguntó más calmada, al darse cuenta de que Blackie iba por algo que le interesaba.

—Lorena, haga lo que haga... ya sabe que la quiero, que la he querido siempre y que todo el mundo creía que usted se casaría conmigo.

—¿Esto es la noticia importante? Nada de lo que diga me hará cambiar de parecer, aunque siento por usted un aprecio, no le quiero y le suplico que salga de aquí en seguida.

—Espere un momento, Lorena—dijo Blackie, hurgando en sus bolsillos—, tal vez cambie de parecer. Ayer corrí todo el día para encontrar esto. ¡Lea!

Blackie entregó un papel impreso, en el que aparecía una fotografía de Johnny Hart y una leyenda por la cual se le reclamaba por asesinato.

—¿Y qué?—dijo Lorena.

—¿Sigue queriéndose casar con él?

—Sí... y márchese de mi habitación.

—¡Está muy bien!

Se dió cuenta Blackie de que era inútil insistir más. Conocía a Lorena y sabía que no daría su brazo a torcer si había prometido a Johnny casarse con él.

Mientras tanto Johnny, en el café, se veía felicitado por todos y le daban palmaditas en la espalda.

—Felicidades, Johnny.

- ¡La casa invita!
- A beber todos...
- Mi enhorabuena.
- ¡Qué suerte, amigo!

Aceptaba Johnny aquellas demostraciones de afecto, pero no atinaba a lo que podían conducir.

—¡A beber, muchachos! La casa invita.

—¡Hola, Johnny! Mi enhorabuena—dijo Big Ben, estrechándole la mano.

Considerando a Big Ben como a su mejor amigo, creyó oportuno interrogarle para conocer el motivo de tantas felicitaciones.

—¿A qué viene todo esto, Ben?

Soltó Ben una de sus extrañas carcajadas y nada más.

—¿Pregunta el por qué?—dijo uno que le oyó.

—¡Como si no fuese él el héroe!—exclamó Fuzzy.

—¡Cualquiera diría que está muy acostumbrado a casarse!

—dijo Ben al fin.

—¿A casarme?—exclamó Johnny, sorprendido.

—Tres vivas por el novio—propuso Fuzzy.

—¡Viva el novio, viva, viva, viva!—gritó todo el café.

Los gritos y los comentarios habían alarmado un poco a Johnny, y creyó que lo más conveniente sería interrogar a Lorena, puesto que al fin y al cabo ella era la dueña del café y si invitaba a todos a su costa, bien sabría los motivos que le inducían a ello. Se separó Johnny de Big Ben y los demás, ascendió la escalera que conducía al piso superior, siendo contemplado por muchos con bastante envidia.

Al llegar ante la puerta de la habitación de Lorena llamó con los nudillos.

—¡Adelante!—se oyó desde afuera.

Abrió Johnny y vio a Lorena vestida de muy distinta guisa a como la había visto el día en que la conoció. Ella le recibió con vivas manifestaciones de alegría.

—¡Hola, Johnny! ¿Pero dónde te has metido?

—He estado estudiando ciertos asuntos de interés. Características de tipos del país.

—¿Sí?

—Sí. Quisiera hacerte una pregunta. ¿Qué ocurre hoy en esta casa?

La voz de Johnny era indiferente, sólo había una chispa de curiosidad.

—¡Qué pregunta! He pasado todo el día arreglándome para ti—dijo Lorena, dando una vuelta entera para que él pudiera admirar su vestido. ¿Te gusta?

—¿Estás preciosa! ¿De qué boda hablan todos abajo?

—No te comprendo—dijo Lorena, poniéndose seria.

—En el café están celebrando una gran fiesta, beben y bailan. Todos me han felicitado.

—Yo se lo dije, Johnny. ¿Deseabas mantenerlo secreto?

—Es para volverse loco. ¿De qué secreto hablas?

—De nuestra boda.

—¿Nuestra boda?

En la cara de Johnny apareció una sonrisa sarcástica.

—¿Cómo diablos se te ha ocurrido que quería casarme contigo?

—Tú me dijiste que me comprarías un anillo...

La forma en que hablaba Johnny desconcertó a Lorena, y por primera vez en su vida se encontró ante una situación completamente desconocida para ella.

—Sí, mañana tendrás un anillo.

—¿Para este dedo?—dijo Lorena, levantando el tercero de la mano izquierda.

—¿Por qué has de llevarlo precisamente en este dedo?

—Es donde se lleva el aro de boda.

Johnny soltó la carcajada.

—¿Cómo? ¿El aro de boda? ¡Eso sí que tiene gracia! No me había enterado, si me descuido doy mi nombre a un café.

El pánico se pintó en la bonita cara de Lorena.

—Entonces... ¿no querías casarte conmigo?—gimió la joven.

—¡Claro que no!—contestó Johnny, plantado en mitad de la habitación, mirando despiadadamente a Lorena.

La cólera se iba apoderando de la que se consideraba ya una novia burlada.

—¿He de creer entonces que todo lo que me dijiste la otra noche no era verdad?

—Lorena... escucha; siempre me ha gustado domar potros salvajes, pero nunca me quedo con ellos.

—Es decir, que ahora me llamas yegua.

—No, Lorena; lo que te digo es que no me casaría contigo aunque mi vida dependiese de ello. Cuando tenga cierto asunto arreglado, me casaré con una señorita. ¿Quieres ver su retrato?

Johnny sacó del bolsillo una fotografía en la que se veía a una mujer muy joven y muy bonita, de aspecto distinguido. Lorena dió una mirada a la foto y tomó sus decisiones.

—¿Si tu vida dependiese de casarte o no conmigo? Pues ahora lo veremos.

Rápida como una centella se dirigió a un cajón de donde sacó un revólver. Desarmó a Johnny y, encarándole su pistola, le dijo:

—¿Es así?

—¿Qué?

—Que tu vida depende de que te cases o no conmigo y te advierto que no vacilaría en disparar. ¿Tal vez no lo crees?

—Estoy perfectamente convencido que me dispararías un tiro sin pensarlo mucho.

—Te advierto que no me harás quedar en ridículo ante todas esas gentes que frecuentan mi establecimiento, entre las cuales gozo de muy buena fama. Les dije ayer que iba a casarme contigo y así será. ¡Tu vida depende de ello!

Lorena cogió un manguito de piel de armiño en el que escondió el revólver, aunque seguía apuntándolo contra Johnny.

Minutos después Johnny y Lorena se hallaban de pie ante el juez que procedía a casarlos. Mientras tanto el manguito de Lorena con su peligrosa carga se apoyaba en la cadera de Johnny.

El juez había quedado pasmado de la velocidad con que se había concertado aquella boda; pero requerido por Lorena para la ceremonia, gustoso les declaró marido y mujer. Leyó un párrafo de la Ley y dijo:

—Ya son ustedes un matrimonio, marido y mujer. ¿No se dan un beso?—preguntó el juez—. Están en su derecho.

—Yo no beso a asesinos—exclamó Lorena, separándose del que la Ley había convertido en su esposo.

—¿Cómo?—exclamó el juez, estupefacto—. ¿Johnny un asesino?

—Aquí podrá usted verlo, señor juez—casi gritó Lorena, sacando de su corpiño el papel que le había entregado Blackie. Se trataba de un aviso en el que se leía lo siguiente:

«Acusado de asesinato

Se busca a

JOHATHAN HART

1.000 dólares de recompensa»

—¿Es esto verdad?—preguntó el juez, mirando a Johnny y a la fotografía que se veía en el aviso.

—Un jurado lo creyó así. Yo no.

—¿Mató usted a un hombre?—interrogó el juez.

—Disparé contra uno de los dos que habían matado a mi socio.

—Y luego se presenta usted aquí en busca del otro hombre, dispuesto a matarle si puede cogerlo. ¿no?

—Sí, señor juez—contestó Johnny, serenamente.

—Me parece que usted tiene la mala costumbre de torrar la justicia por su mano...

—Y no crea usted que sea una mala costumbre — agregó Johnny.

—Sí que lo es, y no olvide que al presentarse usted en este pueblo se puso usted bajo mi jurisdicción. Mi deber es conducirlo a Kings County. Póngase en camino lo más pronto posible.

—¡... éste es el que quería casarse conmigo! ¡Vaya!—exclamó Lorena, curiosa—. ¿En qué piensas ahora?

—Ya te diré los planes que tengo respecto a ti. Son la mar de interesantes.

Lorena no pudo contenerse más y dió un solemne bofetón a Johnny.

—¿Quieres besarme ahora?

LUNA DE MIEL RELAMPAGO

La campiña estaba deliciosa. De los picos nevados de la montaña soplaban un airecillo que servía para templar la fuerza de un sol bastante fuerte.

Tres jinetes cabalgaban pacíficamente por el mal cuidado camino que conducía a Kings County. El del centro era Johnny y los dos que le acompañaban eran dos alguaciles. En realidad, le llevaban detenido, pero la simpatía del joven les había cautivado y aquello no era más que un paseo a caballo y una conversación animada entre los tres.

—Pero, dígame, ¿cómo consiguió huir de los agentes de Kings County?

Johnny les sonrió a ambos.

—Pues verán, cuando me llevaban a la cárcel... Es curioso, íbamos cabalgando por el campo, como ahora...

—¿Y qué más?

—Estábamos solos... igual que ahora vamos los tres solos.

—¿Sí?

—Tuvo mucha gracia—dijo Johnny riendo ruidosamente, y su risa se contagió a los dos alguaciles.

Después que los tres hombres hubieron reído a carcajada suelta, sin saber los dos guardianes de lo que reían en realidad, Johnny volvió a hablar:

—Sí, fué graciosísimo.

—Ya me lo imagino—comentó un alguacil.

—¡Ja, ja! No se puede usted pensar lo que pasó—explicó Johnny.

—¿No?

—Estoy seguro que no puede usted imaginarse lo que ocurrió.

—Cuéntenos, cuéntenos, cómo fué todo aquello—suplicó el otro guardián.

—Pues verán ustedes. Nos detuvimos. Los tres caballos hicieron alto, como ahora, verí, estamos los tres parados.

La pradera terminaba en un frondoso bosque que no dejaba de entrar en los cálculos de Johnny. Sus dos acompañantes le observaban la mar de divertidos. No eran todos los días los que se tenía que acompañar a un preso tan simpático y agradable como era Johnny Hart. ¡Lástima de muchacho! A lo mejor tenía razón cuando decía que era inocente del todo.

—Hablabamos tranquilamente, igual que ahora —explicó Johnny, mirando a uno y luego al otro.

Los dos guardiánes tenían las bridas en una mano y la otra la apoyaban sobre el muslo. Es decir, estaban completamente desprevenidos, pendientes de las explicaciones de Johnny.

—... y entonces, igual que ahora, hice así...

Johnny levantó los brazos y dió un fuerte empujón a cada uno de los hombres que le custodiaban. Como que no esperaban aquel asalto, perdieron el equilibrio y rodaron por el suelo. Johnny picó espuelas y su caballo que ya le conocía, partió disparado hacia el bosque cuya espesura le ocultó de los que hasta aquel momento le habían acompañado.

Los planes de Johnny no consistían precisamente en escaparse de las autoridades que le conducían a Kings County, sino que él había dejado a Lorena apenas acababa de casarse con ella y era con ésta precisamente con la que desesba ajustar cuentas.

La propietaria del café, taberna y fonda de Red Horse Gulch no había querido saber nada con su flamante marido y casi puede decirse que ella lo había entregado a la justicia, pero se iba a aprovechar de todas las ventajas que le daría el nombre de esposo, que si bien ahora se encontraba en un atolladero, no dejaba de ser el rico propietario de un rancho vecino.

Así es que inmediatamente hizo comparecer a los pintores para que rotularan de nuevo su establecimiento. De aquel día en adelante se llamaría

HOTEL Y CAFE RED HORSE

Lorena Dumont de Hart - Propietaria

Lorena observaba el trabajo de los pintores que no emplearon mucho rato en introducir la variación deseada. Mirando el cambio también se hallaba Blackie a su lado.

El ruido de un caballo al galope les hizo volver la cabeza y vieron que era Johnny el que se acercaba. Llegó hasta donde estaban, y sin que pudieran sospechar sus intenciones, bajó el brazo derecho, levantó a Lorena del suelo y la sentó ante sí sobre el caballo.

Blackie quedó perplejo, y en cuanto se recobró de la sorpresa, corrió hacia donde se hallaba su caballo atado, montó y salió en persecución del raptor de la bella tabernera.

Durante la carrera desesperada que siguió al secuestro, Lorena gritó, protestó, intentó arañar a Johnny y todo lo imaginable para lograr que la soltara. El permanecía pegado a la silla con la misma firmeza de un centauro y todos sus ataques no le hacían más efecto que los de un niño de meses cuando juega con su madre.

Blackie les seguía a una distancia que le hubiese sido fácil alcanzarlos, pero él tan sólo deseaba saber adónde se dirigían. Cuando vió que Johnny se encaminaba a la cabaña de su rancho, hizo alto y esperó un poco para cerciorarse de que la original pareja se quedarían allí. Montó de nuevo Blackie y regresó al pueblo. Ya sabía bastante y actuaría en el momento oportuno.

A la puerta de la cabaña, Johnny paró su caballo y saltó a tierra con su preciosa carga.

—¿Adónde me llevas?—gritó exasperada Lorena.

—Es la casa de un amigo mío—explicó Johnny, y al decir esto apareció un viejo piel roja en el umbral.

—¡Suéltame de una vez!

—¡Oh!—se limitó a decir el indio sin que su cara traicionara sus emociones favorables o desfavorables a la situación.

Johnny continuaba con Lorena en brazos sin que su peso para él representara algo más que el de una muñeca.

—Cherokee, ¿dónde estás?

—Aquí.

—Guarda mi caballo y vuelve a casa cuando salga el sol, ¿oyes?

—¡Oh!

Lorena miró al indio despreciativamente.

—Cuando usted regrese aquí encontrará a Johnny Hart hecho picadillo.

El indio le devolvió la mirada de desprecio, y saliéndose un poco de su habitual silencio, exclamó en tono sentencioso:

—¡Tú hablar demasiado!

Desapareció el servidor y los recién casados quedaron solos en aquella cabaña que tenía mucho de pintoresco y no estaba mal arreglada.

—¡Suéltame ya!—gritó Lorena.

—No puedo soltarte antes de atravesar el umbral. Nos podría traer mala suerte. Entrarás en la casa en mis brazos.

Tal como lo había anunciado lo hizo Johnny y la depositó en el centro de la sala.

—¡Mala suerte!—exclamó Lorena, apartándose lo más posible de su esposo—. De ahora en adelante tu suerte va a ser negra.

Johnny la observaba divertido y ella cada vez estaba más furiosa.

—Ven a mis brazos, mi querida mujercita!

Se apartó Lorena todavía más, para poder gritar con más fuerza:

—¡No te atrevas a tocarme!

Sin duda estaba furiosa, y a su marido ya le empezaba a ocupar un poco el genio de Lorena; pero conservaba la calma.

—¿Crees tú que ésta es la manera de comportarte en plena luna de miel?

Lorena se había apoderado del revólver de Johnny mientras la llevaba con él a caballo y creyó que había llegado el momento de hacer uso de él. Apuntó a su marido y disparó varios tiros. El no tuvo más remedio que salir de la casa y refugiarse en la

obscuridad. Después que hubo hecho fuego distintas veces, preguntó:

—Supongo que ya habrás muerto —dijo mientras intentaba disparar de nuevo sin que el arma le obedeciera.

—No malgastes las balas, me costó mucho trabajo robar esa pistola.

La pistola había dejado de funcionar y ella luchaba con ella sin conseguir ningún resultado.

—¿Estás satisfecha? ¡La has estropeado! —dijo Johnny, saliendo de su escondrijo, ya seguro de que no le alcanzaría ningún tiro.

—Oye, Lorena, eres mi mujer... ¿Lo has olvidado?

Le miró ella con insolencia.

—Sólo llevo tu nombre... ¡Eso es todo!

—Si no he dicho nada más, eres la esposa de Jonathan Hart.

En vista de que se le habían acabado las balas y de que no podía deshacerse a tiros de su marido, empezó a coger objetos de todos pesos y medidas para arrojárselos. Johnny iba parando los golpes con un acierto que todavía exasperaba más a Lorena.

—Mi mujercita no debe ponerse así y menos en plena luna de miel.

Descansó por un instante de arrojarle artefactos para exclamar:

—No quiero ser tu mujer, ¡quiero ser tu viuda! ¡Toma! —y allí voló un jarrón.

Fatigada por tantos esfuerzos, Lorena se desplomó en un butacón.

—¡Oh!—exclamó, rendida.

—¡Pobrecita!—dijo Johnny, acertándose a ella con toda clase de preocupaciones.

—Eres un... un...

Sonrió él satisfecho porque se dió cuenta de que la fiercecilla casi había llegado al final de sus recursos.

—No te disculpes, nerita, ya sé que eres muy tímida.

Ella no contestó, y entendiendo Johnny que la guerra había terminado y que estaban en pleno armisticio, se arrodilló junto a la butaca y la estrechó en sus brazos. Lorena había capitulado.

Amaneció un día deslumbrante. El azul del cielo contrastaba

con el verde de los árboles y la campiña era un bello espectáculo de la naturaleza. Johnny había madrugado bastante, dejando que Lorena descansara. Cuando ella despertó acudieron a su memoria todos los incidentes del día anterior, y como si recobrará parte de su perdida furia cogió un tronco de leña de la chimenea y lo tiró a Johnny, sin acertarle, como seguramente ya era su intención.

—¡Huy!—exclamó el marido.

Saltó Lorena de la cama, cñóse una bata y fué a reunirse con Johnny, quien se hallaba en la habitación contigua.

—Vaya una manera de darme los buenos días, Lorena. A veces me parece que no me quieres ni pizca. ¿Qué te pasa?

Lorena le miraba de nuevo como en la noche anterior y parecía que la tormenta volvería a estallar.

—¿No te gusta la vida de casados?

—¡Te odio! ¡Eres un bruto!

A estos insultos Johnny contestó con una carcajada.

—¡Esto todavía me pone más furiosa! Parece que te ríes de mí.

Antes de que Johnny pudiera contestar a su indignada esposa, penetraron en la habitación los dos alguaciles de los que había escapado en la tarde del día anterior.

—¡Manos arriba!—dijo uno. ¡No intente huir, Johnny!

—Ni contarnos historias divertidas como ayer tarde—exclamó el otro—, de nada le valdrá.

Johnny se dió cuenta de que había perdido la partida esta vez.

—Señoras, me cogen ustedes desprevenido. Mi pistola está descargada... pero si que quisiera me dijeran ¿cómo han encontrado mi escondrijo?

Levantó los ojos Johnny y vió que detrás de los alguaciles estaba Blackie.

—¡Ah, no es necesario que me digan nada! Ya sé quién les ha informado.

Blackie penetró en la casa.

—¡Hola, Johnny! ¿Está usted bien? Buenos días, Lorena.

—Ya comprendo, el simpático Blackie—dijo Johnny—. Estoy viendo que tendré que cogerle por mi cuenta y de su linda persona no quedará ni el recuerdo.

—Siempre dispuesto a infringir la Ley—repuso Blackie, entre cínico y compasivo—. ¿No aprenderá usted nunca?

—De usted no, Blackie.

—Vamos, Johnny, no perdamos el tiempo con discusiones inútiles—dijo uno de los guardianes.

—¿No puedo besar a mi esposa?—preguntó Johnny.

—Si ella no se opone.

—No quiero que me bese... y si quisieran hacerme un favor podrían matarle ahora mismo—dijo Lorena.

Johnny se irguió y la miró cara a cara.

—No llores por mí, cariño, piensa tan sólo en que regresaré.

Los dos hombres pusieron las esposas a Johnny, le ayudaron a montar su caballo y a paso lento descendieron la cuesta que conducía hasta la cabaña.

Lorena estaba en el umbral mirando cómo se llevaban aquel hombre que apenas hacía cuarenta y ocho horas que era su marido.

—¿En qué piensa, Lorena?—preguntó Blackie, que se había quedado atrás.

—¡Me estoy preguntando si llegó usted demasiado tarde o demasiado pronto!

SEIS AÑOS DESPUES

El café, taberna y fonda de Lorena, a los seis años de haber ocurrido los incidentes explicados en los capítulos anteriores, seguía poco más o menos lo mismo. El pianista era el mismo Fuzzy, el juez continuaba yendo por allí a leer sus leyes y Big Ben había sido nombrado «sheriff».

En una calurosa tarde de junio se hallaban sentados ante la misma mesa, el juez, Fuzzy y Big Ben. El primero leía una carta.

—Las noticias son buenas: Johnny ha cumplido sus seis años y regresa ya.

—¡Oh!—exclamó Fuzzy, satisfecho.

—¡Cuánto me alegro de ello!—comentó Big Ben.

El entusiasmo de Fuzzy se tradujo por su deserción de la mesa para ir a sentarse ante el piano e improvisar esta canción:

¡Qué gran noticia les doy,
pueden creerlo, Johnny regresa hoy!
Los seis años han pasado,
la condena ha terminado.
¡Pobre Johnny!
Seis años es mucho tiempo
para estar siempre encerrado.

Lorena, que aquí es el ama...
dijo: me casaré con él
y siempre le ha sido fiel...

Lorena, tan hermosa como seis años atrás, y vestida con un traje negro de atrevida elegancia, hizo una seña a Fuzzy para que cambiara de música y entonces ella empezó a cantar:

Animales, Bill,
hay que ganar dinero...
Que suene la campanilla
de la caja, y suelte el oro
el minero...
Animales, Bill,
llena los vasos...
Bebe cuanto puedas.
La mano en el bolsillo,
el pie en la barra...
Animales, Bill...
que gasten el oro que traen.
Animales, Bill,
haz que se diviertan,
que beban, que gasten,
¡aquí no falta nada!
Animales, Bill...

Cesó el canto de Lorena y todos los que eran empleados del café continuaron cantando «Animales, Bill» con gran regocijo de la concurrencia, que también coreaba la canción.

Johnny apareció en el café. Cruzó toda su anchura entre las miradas de admiración o miedo de la concurrencia y fué a sentarse ante una mesa que había en un rincón, de cara adonde se hallaba Lorena. Ella se acercó a él.

—¡Hola, Johnny!

—¡Hola, Lorena! Estás muy bien—dijo Johnny, admirándola.

—Siento no poder decirte lo mismo. Estás pálido.

—Seguramente he comido cosas indigestas durante esos...
seis años.

Una chispa de compasión brilló en los ojos de la hermosa.

—Los seis años han pasado para los dos.

—Sí, durante mi encierro he tenido tiempo de recordar muchas cosas—dijo Johnny, mirando fijamente a su mujer.

—Yo también—repuso Lorena.

—Sí... y habrá que borrar algunas... una de ellas es mi nombre de la fachada del local.

No esperaba Lorena esta salida que le sentó mal.

—Supongo que tu nombre le sentará mejor a aquella rubia, a Sheila Winthrop... ella es una señorita.

—No he venido aquí para discutir esto, pero sí para preguntarte si quieres divorciarte. ¿Supongo que sí?

—Si esto significa complacerte, te diré que no pienso divorciarme.

—Veo que eres mi dulce mujercita de siempre.

—Jamás fui tu dulce mujercita ni nada.

Johnny se levantó indignado, y cogiendo a Lorena en brazos, le dijo:

—Eso ya lo veremos.

—¡Déjame!

—Soy tu marido y aquí mando yo.

Sin hacer el menor caso de sus protestas la llevó al piso superior y penetró en su cuarto.

—Si necesitan un poco de tila—gritó Fuzzy—, no dejen de pedirla. —Pero ellos ni le oyeron.

Johnny depositó a su esposa en una butaca.

—Te dije, Johnny, que no quería escándalos en mi casa.

—Y no los habrá, si tú no los provocas. ¡Silencio!

Cuando al día siguiente despertó Lorena, saltó de la cama, cogió el primer jarro que le vino a la mano e intentó, como seis años atrás, arrojarlo contra Johnny, que se le había adelantado en la hora de levantarse.

—Lorena—dijo Johnny muy sereno—, tienes un tremendo defecto, te repites demasiado.

—¡Sal de mi habitación inmediatamente!

—Me voy en seguida, porque precisamente tengo varias diligencias a efectuar.

—Y no vuelvas más por aquí, ni siquiera al café.

—Cuidado, Lorena; tu actitud dificulta la vida entre marido y mujer.

—No quiero ser tu esposa; estoy harta de ti, ¿lo entiendes?

Se abrió la puerta de una habitación contigua y apareció una niña de unos cinco años. Miró los trozos del jarrón que había en el suelo.

—¡Mamá! ¡Mamá! ¿Quién ha roto mi jarrón?

Johnny dió un salto.

—¿Mamá?—preguntó, sorprendido.

—Sí, es mi hija.

—¿Quién es su padre?

—¡Tú!

—¿Yo? ¡Yo!—exclamó, satisfecho.

—Sí; pero no te imagines que podrás quitármela.

—¿Quién ha dicho que quiero quitártela?

La pequeña estaba entre los dos mirando a uno y a otro.

—¿Qué iba a hacer yo con una mocosa así?

—Yo no soy una mocosa y tú eres un antipático que has roto mi jarrón, toma. —Y tal como había hecho su madre el día en que se casó, dió un puntapie a Johnny.

—¡Huy, niña! ¡Llévate a esa tarántula de aquí!

—Tampoco soy una tarántula, ¿sabes?—replicó la pequeña.

—Vete a tu cuarto, niña—suplicó Lorena—, después te compraré caramelos. Corre, amor mío.

Se marchó Ana María, muy graciosa con su batita larga y nuevamente el extraño matrimonio quedó solo.

—¿Cómo se llama?

—Ana María Hart.

—¡Es gracioso! Tengo un café y una hija que llevan mi nombre—exclamó Johnny, riendo.

—¿Eso es todo lo que Ana María representa para ti? ¿Es algo para reírse?

—Acabo de conocerla ahora. Ni siquiera sabía que existiera. ¿Qué quieres que represente para mí?

—¡Nada en absoluto! Y recuerda que siempre será así, ¿entiendes?

—Puedes estar tranquila, Lorena; esto no será objeto de disputa entre nosotros.

Apenas se había marchado Johnny de la habitación de Lorena, reapareció la niña.

—Mamá...

—¿Qué quieres, hijita?

—¿Aquél era mi papá?

—Sí, hija mía, sí.

—¿Por qué me ha tratado tan mal?

—Es su carácter, nena.

—No me quiere, ¿verdad?

—No—contestó Lorena, muy triste—; no quiere a nadie.

—A ti tampoco te quiere, ¿verdad? Rompió el jarrón...

Lorena miró los trozos del jarrón que todavía estaban en el suelo, pero no se conmovió y siguió mintiendo:

—No me quiere y no hace más que darme disgustos.

—Tú me habías dicho que tenía un papá muy bueno; pero no lo es...

—Es que deseaba que creyeras que tenías un buen padre tanto tiempo como fuese posible, pero... hijita, cuando seas mayor podré contarte muchas cosas que ahora no entenderías. Eres demasiado pequeña.

—¿Y por qué no tengo un padre que me quiera mucho? Todas las niñas tienen un papá que las quiere.

Algún día llamó a la puerta.

—¡Adelante!

Se abrió la puerta y apareció Blackie.

—Nena, ve a jugar ahora; mamá te contará luego muchas cosas.

Obedeció Ana María y Blackie entró en el cuarto.

—¡Ya ha vuelto su marido!

—Sí.

—¿Por qué llora Ana María? ¿Qué te pasa?

—Nada... Blackie... muchas veces me ha pedido que me casara con usted. ¿Si me divorciara de Johnny, se casaría usted conmigo?

Blackie quedó desconcertado.

—¿Había usted en serio?

Mientras tanto en el café Johnny se había reunido con el juez y Big Ben, que estaban jugando a las cartas.



Lorena y Johnny, la romántica pareja.



El recién llegado no era desconocido de todos.



Minutos después Johnny y Lorena se hallaban de pie ante el juez, que procedía a casarlos.



Lorena hizo una seña a Fuzzy, el pianista



Lozano intentaba separarse del que la Ley había convertido en su esposo.



haciendo la cabeza le dio un beso sin que ella pudiera evitarlo.



—¿Qué has estado haciendo a mi hija?



—¡Yo no bebo a asen-
nos!



—Mira, papá, mira que grande es.



—Yo te diré los planes que tengo respecto a ti.



Aquella noche el café
se cerró en forma distinta
de otras veces.



—¿Quién es su padre?
—Tú!



—¿Pretende usted burlarse de mí?



—Me parece que eres el hombre más malo del mundo.



—Johnny me ha mandado llamar y voy al rancho a vivir con él.



—Desen que sea muy feliz... y si algún día me necesitara... llámame.

—Ocho de ahora y cuatro de antes son doce... Me parece que sus planes no son muy concretos, Johnny.

—Quince... Dos y dos son cuatro—decía Big Ben—. Yo creo que debería abrir su rancho y cuidarse de él personalmente.

—El rancho está abierto y precisamente quiero encargarme de él durante una temporada.

—¿Sólo por una temporada?—interrogó el juez—. ¿Tiene mucho dinero en ganado?

—Sí, en ganado y en el banco; pero me cansa tanta tranquilidad.

—Eso depende de lo aprisa que vaya usted a sacar el dinero del Banco. Mi tío llegó a... —empezó a explicar Fuzzy; pero la conversación quedó cortada porque Blackie se acercó.

—¡Vaya! ¡Vaya! Si es mi amigo Johnny...

—¡Vaya! ¡Vaya! Si es el simpático Blackie...

—¿Dónde se metió, Johnny? Hace tiempo que no le vea.

—Estuve por ahí y me enteré de ciertas cosas.

—¿Sí?

—¡Sí!

—Tengo noticias para usted, Johnny.

—¿Sí? También yo tengo algo que comunicarle.

—No va a gustarle lo que tengo que decirle.

—A usted tampoco le gustará mi información.

—Lorena quiere que me case con ella.

—¡Ah, sí!

—Esto no puede ser—exclamó Fuzzy—, porque ya es la esposa de Johnny.

—Piensa divorciarse de Johnny —explicó Blackie—. ¿Le importará que yo sea el padre de Ana María?

—Es tarde para eso, Blackie.

—¿Por qué?

—Porque pienso matarle como a un perro.

—¿A causa de la chiquilla?

—¡A causa de un hombre... de mi socio! El hombre que mató usted.

—¿Dónde le han dicho esto? —preguntó Blackie con insolencia.

—A veces se obtienen más informes en la cárcel que fuera de ella. Allí he visto a muchos amigos suyos, Blackie.

—Si quiere matarme, ¿por qué no lo hace ahora misero? —dijo, desafiándole.

—Ya se me presentará ocasión... tal vez hoy, puede que mañana... o la semana próxima... ¡o ahora mismo!—gritó Johnny, poniéndose en pie para abalanzarse sobre Blackie.

La muralla humana que era Big Ben se interpuso.

—Váyase, Blackie — ordenó Ben—, queremos hablar con Johnny.

Desapareció Blackie y renació la calma.

—Siéntese, Johnny — dijo el juez—, ¿no ha escarmentado usted todavía?

—No es que me guste la cárcel, pero dentro o fuera de ella, un hombre debe ser hombre y debo cargarme a Blackie.

—Si tiene pruebas contra él, explíquese y podré detenerle —dijo el juez.

—Prefiero hacerlo a mi manera—contestó Johnny.

—Johnny, si lo hace—dijo Ben—, tendré que meterle en la cárcel, y según como, de acuerdo con la Ley, quizá tenga que mandarle a la horca y no me gustaría, francamente.

—¿Usted?

—Sí; al señor juez se le ocurrió que era necesario poner un poco de orden en el pueblo, me cogió desprevenido y me convirtió en «sheriff».

—¿Es posible? Mi pacífico Big Ben convertido en autoridad de Red Horse Gulch...

Los cuatro hombres brindaron a la salud del buen «sheriff» y Fuzzy, que hacía rato quería decir algo, al fin habló:

—Johnny, yo soy el ayudante del «sheriff».

—¡Conque Big Ben «sheriff»!—exclamó Johnny, que no salía de su asombro.

—Sí; no es que el cargo me entusiasme, pero nadie hubiese querido serlo, ¿comprende?

—¡Españolado! Le daré a usted mucho trabajo. Le confiaré todos mis asuntos—dijo Johnny, poniéndose en pie.

El juez y Ben se dieron cuenta del aire resuelto de Johnny y que se disponía a marcharse.

—Johnny, no quisiera que se tomara la justicia por su mano—suplicó Ben.

—La justicia está en manos del «sheriff», ¿no? Ben, no quiero que lo tome usted a mal, pase lo que pase, le aseguro que voiveré.

Era inútil intentar pararle. Se levantó rápidamente y salió a la calle.

—Oiga, señor juez—preguntó Fuzzy—, ¿yo tendré que hacer frente y detener a ese hombre?

—Sí, si infringe la Ley, sí—repuso el juez.

—Pues aquí va mi chapa; prefiero ser guardia de la porra a ayudante de «sheriff».

PADRE E HIJA

Los planes de Johnny estaban bien definidos desde que había salido de la cárcel. Sabía ya quién había asesinado a su socio. Había sido Blackie y él entendía que debía vengar a su amigo. Luego, ya vería lo que ocurriría. Lorena y la pequeña eran lo que menos le preocupaba.

Bajaba por la calle principal de Red Horse Gulch, bastante animada en aquella hora del día, y nadie reparó en el paso decidido de Johnny.

Ana María, que se hallaba al otro lado de la calle, se dió cuenta de su padre, y deseosa de tener con él una explicación, corrió a su encuentro, y como no había otra manera de llamarla la atención, le cogió por una pierna.

—¡Hola! ¿Qué te pasa?—preguntó Johnny al ver a la niña.

—He venido para decirte que no soy una tarántula.

—Ya lo sé, pequeña.

—Tampoco soy una mucosa...

—Entendido, ahora ya sé que no eres ni una cosa ni otra—dijo Johnny, continuando su camino.

—Aunque no me quieras, me da igual... Yo no te quiero a ti... Rompiste aquel jarrón tan bonito.

Johnny miraba entre divertido y molesto a la niña que continuaba andando a su lado sin trazas de separarse de él.

—Estamos de acuerdo, tú no me quieres a mí, ni yo a ti... anda, vete a tu casa.

—Mamá tampoco te quiere... Me parece que eres el hombre más malo del mundo.

—Entendido: Soy el hombre más malo del mundo y tu madre nunca me quiso... y ahora, lárgate que tengo mucho que hacer.

—¿Sí? ¿Qué vas a hacer?

—Voy a ma... ¡No te importa lo que voy a hacer! Por última vez, vete a casa.

—Oye...

—Te he dicho que te marches a casa...

—Me alegro que no seas mi papá por muchos días. Yo conozco a muchos papás... y tú eres de los malos.

Johnny empezaba a impacientarse porque no sabía cómo podría quitarse a la pequeña de encima. Él iba dispuesto a terminar con Blackie doquiera le encontrara y ahora Ana María le estaba robando el tiempo.

—De acuerdo, soy malo; anda, vete...

Blackie también tenía tomadas sus medidas y había seguido los pasos de Johnny desde cierta distancia y sabía la ruta que llevaba. Le ganó terreno pasando por otro camino y penetró en una bodega donde estaban sus compinches.

—Ahora viene Johnny calle abajo, cuando pase ante esta puerta, disparad; está completamente desprevenido.

Ana María seguía dando y pidiendo explicaciones a su padre.

—A otras niñas sus papás les compran caramelos y confites, avellanas y limonada.

Ella acababa de darle la solución.

—Oye, pequeña, ¿si te compro todas estas cosas te irás a casa?

—Sí, sí, anda, ven; yo sé dónde venden cosas buenas.

Los amigos de Blackie estaban espionando y vieron cómo a pocos pasos de la puerta del almacén, Ana María cogía la mano de su padre y retrocedían el camino andado para entrar en una tienda de dulces.

¡Esta vez a Blackie le había fallado el plan!

Johnny y Ana María entraron en una tienda donde un chino tenía un mostrador lleno de todas las golosinas que tientan a la chiquillería.

—Un piruli—pidió Johnny, y lo entregó a su niña, que lo recibió sonriente.

Buscó Johnny en sus bolsillos para pagar el importe de la compra y se dió cuenta de que no llevaba nada.

—¿Llevas dinero en esa bolsita?—preguntó a la pequeña, mirando la bolsa que sostenía en la mano.

—Sí; pero es dinero mío.

—¡Qué raro! Me habré dejado el dinero en el otro traje. A ver, maíz tostado, avellanas, caramelos largos y confites. ¿Tienes bastante con todo esto?

—Sí.

—¿Cuánto es?

—Treinta centavos, señor.

—Ana María, déjame dinero de tu bolsa para pagar ahora.

—¡No!—gritó la pequeña.

—Si sólo te los pido prestados.

—¡No!

Ana María pateaba y gritaba con todas sus fuerzas.

—Te los devolveré en cuanto lleguemos a casa. Sólo quiero treinta centavos, niña.

—¡No!

—¡Diablo de chiquilla! ¿Por qué no puedes dejarme treinta centavos?

—Mamá dice que no hay que confiar en tí.

—Pienso devolvértelos, hablo en serio, Ana María.

—¡No!

Era inútil insistir. La pequeña tenía cogida su bolsita fuertemente y no había manera de convencerla. El chino desde su mostrador observaba muy serio aquella lucha.

—Voy a buscar dinero y vuelvo en seguida a pagarte—dijo Johnny al chino.

—No, niña no confía; yo no confío. ¡Treinta centavos!

—Vamos, Ana María, dame esa bolsa —y Johnny trató de arrebátarsela a pesar de sus gritos.

Algunos hombres que pasaban vieron a la pequeña de Lorena

que chillaba como una loca y al hombrón, que era Johnny, apoderándose de su bolsita. Sin pararse a averiguar la causa de los gritos de la pequeña, se echaron encima de Johnny para quitarle la bolsa y devolverla a su dueña.

—¡Vaya con el valiente, robando la bolsa a una niña!

Tanta fué la indignación de aquellos hombres de la infantil inocencia, que prodigaron unos cuantos golpes a Johnny, le destrozaron la ropa y le dejaron un ojo morado.

Cuando los vengadores de Ana María hubieron terminado con él, se marcharon tranquilamente y la víctima se sentó en el descansillo de la tienda para reponer un poco su aspecto.

Ana María apareció de nuevo y le miró interrogativa.

—Ya lo he arreglado todo, papaito; he pagado los treinta centavos.

—¡A buena hora, hija! Después del lío que armaste.

—Pero, ¿aun no me entiendes? A mí me gustaba que mi papá me lo comprase... igual que hacen los papás de las otras niñas.

—No empieces otra vez con eso. ¡Vamos!

Se levantó Johnny de donde estaba sentado y emprendió el camino del café.

—Papá...

Johnny seguía andando sin hacerle caso.

—Papá... te llamo a tí.

—¿Sí? ¿Qué quieres?

—Papá, siento mucho que te hayan hecho daño...—dijo la niña, mirándole fijamente.

No pudo menos Johnny que pararse.

—¿Dices que lo sientes?

—Sí, mucho.

Johnny cogió a la pequeña en brazos y se dirigieron al café. Cuando llegaron, Ana María vió a su madre y exclamó:

—Mamá, a papá le han puesto un ojo negro. Miralo.

Lorena miró a su marido con aire amenazador.

—¿Qué has estado haciendo a mi hija?

—Nada, comparado con lo que ella me hizo a mí.

—Dámela—dijo, arrebatándosele—, y cuidado que vuelvas a tocarla.

Con la pequeña en brazos, Lorena desapareció hacia el piso

superior y Johnny fué a sentarse ante la mesa donde todavía se hallaban sus amigos el juez y Ben.

—¿Qué tal, amigos?

—¿Qué tomará?—preguntó Ben, invitando.

—Un whisky.

El aspecto de Johnny, con un ojo morado, no era muy tranquilizador.

—Según parece, ha tomado parte en una pelea, ¿no?—preguntó el juez.

—Sí, una riña sin importancia alguna.

—Oiga, no me diga que ha sido la niña, quien le ha amorado el ojo—dijo Ben, sonriendo.

—Esa pequeña es muy lista, ¿eh?—preguntó Johnny, interesado.

—Si lo es—contestó Ben, satisfecho de que las ideas de Johnny variaran de dirección.

Llegó el mozo con el whisky y sirvió a Johnny. Este seguía pensando en la pequeña.

—Tiene una voluntad de hierro.

—Desde luego, tiene a quien parecerse—observó el juez con su habitual calma e indiferencia—, pero creía que a usted no le gustaban los chiquillos.

Sonrió satisfecho Johnny de lo que estaba pensando y contestó:

—Esta pequeña es diferente, tiene mi manera de ser...

—¡Ejem!—murmuró el juez.

—Sí, la veo distinta de las demás.

La oportunidad no podía ser mejor y el juez no iba a desaprovecharla.

—Johnny, ¿qué planes tiene respecto a Ana María?

—Creo que de momento me quedará aquí, quiero conocerla mejor.

—¿Sí?

—Sí.

—Pues... ¿ha pensado usted que esto le sería imposible si de nuevo tropezara usted con la justicia?—dijo el juez acentuando bien las palabras para que su sentido no escapara a Johnny.

—¿Se refiere usted a Blackie?

—Sí, amigo Johnny, me refiero a Blackie y a sus manifestaciones de cuando ha salido de aquí.

—Verá usted, señor juez, he estado pensando en este asunto...

—¿Sí?

—Creo que tal vez mis planes respecto a Blackie eran un tanto impetuosos.

—Esto es ponerse en razón—exclamó el juez entusiasmado.

—No pierda el tiempo matando a ese sujeto—aconsejó Ben.

—No tengo más remedio que matarle...

—¿Qué piensa hacer?—preguntó el juez.

—Creo que Blackie es un temperamento nervioso. Si sabe que voy tras él... y le doy tiempo, intentará algo contra mí y podré defenderme.

—En este caso tendrá usted razón—dijo el juez.

—Si él quiere cargárselo, usted se anticipa; pero si él no lo intenta, usted quieto. ¿Está conforme con este pacto?—preguntó Ben.

—Sí—contestó Johnny convencido por las buenas razones de sus amigos.

EN EL RANCHO

Johnny había cumplido su palabra y se hallaba instalado en su rancho que había estado al cuidado de unos amigos mientras él cumplía la condena en la cárcel. Había abierto de nuevo la cabaña y todo se hallaba en buen orden.

Gustaba de ver a la pequeña, a pesar de que Lorena se oponía a ello, pero con cualquier excusa se llegaba al café donde unas veces sí y otras no, veía a Ana María.

Algunos días después de la conversación sostenida con el juez y Ben, volvió Johnny al café para charlar un rato con ellos.

—¿Qué tal, amigos?—dijo Johnny, saludándoles cordialmente.

—¡Hola, Johnny!—exclamó Ben, satisfecho de verle—. ¿Cómo marcha el rancho?

—Muy bien... Todo está en marcha. Hasta he alquilado un cocinero.

—¿Sí? Siéntese—dijo Ben.

Junto al mostrador habían varios hombres bebiendo y charlando. Entre ellos Blackie, que ya se había dado cuenta de la presencia de Johnny en el local. La pequeña Ana María bajó del piso superior y se acercó al bar. Blackie la cogió en brazos y la situó encima del mostrador.

—Anda, morina, cántanos algo—dijo Blackie.

Johnny, el juez y Ben estaban mirando a la niña.

Intentando hacer los mismos gestos que su madre, Ana María empezó a cantar:

Anímales, Bill,
hay que ganar dinero...
que suene la campanilla
de la caja, y suelte el oro
el minero...

Se levantó Johnny de la silla como movido por un resorte, llegó hasta el bar, apartó a Blackie de un puñetazo y cogió a su hija.

—Oiga, ¿qué le pasa?—preguntó Blackie.

—Si quiere que pierda los estribos, Blackie, adelante—gritó Johnny, mientras guardaba a la niña en su poder.

—Cálea usted mucho con la pequeña en brazos — dijo Blackie— Déjela...

Al oír los gritos, Lorena corrió hacia donde se hallaban los dos hombres dispuestos a pelearse.

—¡Dame a mi hija!

—No—contestó Johnny resuelto—; me la llevo a mi casa... No quiero que mi hija se eduque en una taberna, y que nadie intente cerrarme el paso.

Con la pequeña en brazos cruzó todo el local y salió a la calle.

Lorena cogió el revolver del cinturón de uno de los concurrentes, con la intención de disparar contra Johnny, pero la pesada mano de Ben la detuvo y entre él y el juez trataron de calmarla.

—¡Quieta! ¡Quieta!—decía Ben.

Entre el juez y Ben la condujeron hasta su mesa y allí la hicieron sentar.

—Tranquílese y hablemos del asunto con calma, Lorena—dijo Ben con su habitual buena fe.

—¡Déjenme! He de matar a Johnny—gritaba furiosa Lorena, poco acostumbrada a perder.

—En este caso—dijo el juez—Johnny tiene razón. Este local no es lugar para educar a una niña.

—¿Por qué no?—preguntaba Lorena sin atender razones de ningún género.

—Ya sabe usted bien que no lo es.

—Soy una buena madre. ¿Quién puede decir lo contrario?

—Nadie, Lorena; pero este café, esas gentes—dijo el juez—, todo ello...

—¿Qué pasa con esas gentes?—preguntó ella con aire ofendido.

—No es la compañía adecuada para una niña tan pequeña—insistió el juez.

—Señor Juez, me ofende—dijo Fuzzy, que se había acercado a la mesa.

—Ana María no trata con esas personas—explicó Lorena.

—Mientras usted la vigila, pero cuando no está usted, va con todo el mundo y aprende cosas que no debiera.

—¿Qué cosas?—insistió Lorena.

—Cuando Johnny la cogió en brazos estaba cantando una canción de las de su repertorio.

—Yo no le he enseñado ninguna canción.

—¿Ve usted? No se la ha enseñado y no obstante la canta... ellos son los que se las enseñan—dijo Ben.

—Le advierto, Lorena—dijo el juez—, que si Johnny llevara este asunto a los tribunales, la Ley ampararía al padre.

—Lo mismo me da que le ampare o no, ¡quiero a mi hija! ¡Quiero que me la devuelva, porque es mía!

—Lorena, no se ponga en esta forma. Quédese aquí tranquila y Ben y yo iremos a hablar con Johnny, puede ser que atienda razones.

—Johnny nunca atiende razones—contestó Lorena, algo más apaciguada.

—Ha cambiado mucho. No tiene usted la menor idea—explicó Ben, deseoso de llegar a un buen acuerdo.

—Me resigno, vayan a hablar con Johnny; pero no se les ocurra regresar sin la niña.

—Procuraremos que todo se arregle en bien de todos—dijo el juez, quien acompañado de Ben abandonó el café para ver de hallar arreglo a una cuestión llena de dificultades.

Montado sobre su magnífico caballo y con la preciosa carga,

que para Johnny ya representaba Ana María, llegó a la puerta de su cabaña y llamó al indio.

—¡Cherokke!

—¡Oh!—exclamó el indio con su habitual sorpresa.

—Pon otro plato en la mesa... tenemos una invitada—dijo Johnny, dejando a la pequeña en el suelo.

En cuanto Ana María se vió libre de los brazos de su padre, empezó a chillar:

—¡Llévame con mi mamá! —Y en fiel imitación de su madre, comenzó a tirar artefactos contra Johnny. Una fiel reproducción de su noche de bodas en esta misma cabaña.

—Ya hablaremos luego de eso.

—No, quiero regresar ahora mismo.

—Estucha, Ana María...

—¡Qué venga mi mamá! —y la criatura continuaba arrojando cosas y volcando sillas, hecha una verdadera furia.

—Nena, debes estucharme.

—¡No!

—Eres igual que tu madre!—dijo Johnny sin poderse contener.

—¡Quiero ser igual que mamá!

—Ana María, ¿estarás quieta?

—¡No!

Johnny se dió cuenta de que si no se formalizaba con aquella pequeña acabaría por destruirle toda la casa, y echó a correr para alcanzarla, lo que consiguió después de algunas dificultades. Cuando la tuvo en brazos, la colocó sobre sus rodillas y le propinó una bonita paliza. La niña rompió a llorar.

—¡Así! ¡Vamos con la mocosa!

—¡Oh, oh! ¡Me ha pegado!—sollozaba tristemente.

—¡Claro que te he pegado! ¿Crees, tú que voy a consentir que me dejes sin un mueble y luego derribes la casa?

—A las otras niñas también les pegan sus padres...

—No lo sé; pero tú te lo merecías.

Johnny había dado vuelta a la niña y la tenía sentada sobre las rodillas.

—El padre de Anita...—dijo Ana María, llorando todavía—

también le pega... pero es porque la quiere mucho... entonces tú también me quieres mucho, ¿no?

Miró el padre a la chiquilla y sonrió.

—Pues... tienes razón, Ana María, te quiero mucho.

Abrazó Johnny a la pequeña con gran cariño, y ella se acomodó en sus brazos dispuesta a dormir. Estuvo un buen rato contemplándola, encontrándola cada vez más bonita.

—Está dormida, Cherokke.

—¡Oh!

Todo el entusiasmo y comprensión del indio quedaban resumidos en su ¡oh!, y rara era la vez que agregaba nada más, salvo cuando alguien le exasperaba, pero tampoco decía mucho; se contentaba con una frase tajante.

—Es un problema, Cherokke, tener que cuidar a una niña. ¿Tienes idea de lo que puedo hacer?

—Alquile una india.

—No está mal pensado.

—India fácil de aquilar, difícil de despachar.

—Ya lo sé, por esto no acepto tu idea como buena. ¿Qué podría hacer?

—¡Oh!

Johnny miraba a la niña que dormía plácidamente entre sus brazos y sonreía. Recordaba algo agradable.

—En King City, Cherokke, vive una señorita... Es la maestra de escuela.

—¡Oh!

—Tal vez ella podrá ayudarme. Finalmente, ahora ya estoy instalado en el rancho. Llevo vida tranquila, he de educar a mi hija, pero...

Ana María se movió ligeramente y Johnny temió que la habría despertado con sus habladerías. No, no fué así, reanudó el sueño tranquilamente.

He de pensarlo un poco. Tenía que casarme con esa señorita, ¿sabes?

—Yo ir allí.

—Espera, esperaremos un poco, Cherokke.

Alguien llamó a la puerta que daba al campo.

—¡Adelante!—dijo Johnny.

Se abrió la puerta y aparecieron los pacíficos semblantes de las autoridades civiles de Red Horse Gulch: el juez, Big Ben y Fuzzy.

—¡Adelante, amigos!

Las voces despertaron a la niña.

—¡Shhh!

—¡Hola!—exclamó Ana María.

—Ya me la han despertado—protestó Johnny.

—Pero, ¿por qué no la mete en cama? Hemos venido para hablar de asuntos muy serios.

—¿Acostarla? ¿Cómo debo hacerlo?

—Primero hay que desnudarla—sugirió el juez.

—¡No quiero ir a la cama!—gritó la chiquilla con su natural impetuosidad.

—Las señoritas bien educadas se van a la cama sin chistar—explicó Ben.

—Pues yo no.

—¿Por qué?—interrogó el juez.

—Yo soy una lechuza y duermo durante el día...

—Hoy no has dormido—nena—dijo Johnny.

—Claro que sí, papá; he dormido con los ojos abiertos.

Mientras tanto le habían quitado el vestidito.

—¿Eso es verdad o mentira?—preguntó Fuzzy.

—Se acabó el parloteo, Ana María; a la cama.

—No puedo dormir así, necesito un camisón.

—¡Cherokke!

—Trae una chaqueta de mis pijamas.

—¡Oh!

El juez observaba y meditaba. Al fin habló:

—Le sería a usted mucho más fácil cuidarla, si de esas cosas se cuidara una mujer.

—Ya estuve pensando en ella—repuso Johnny.

—Claro, los niños necesitan manos femeninas a su alrededor—opinó Ben.

—¿Es necesario esto para mí?—preguntó Ana María.

—No te hará ningún daño—replicó Fuzzy.

—Claro está—dijo el juez—que no debemos mencionar ningún nombre porque la pequeña está presente, pero... ¿no se le

ha ocurrido a usted que hay una persona mucho más apropiada que nosotros para cuidar de la pequeña?

—Sí... precisamente cuando ustedes han llegado estaba hablando de ello con Cherokke. ¡Bueno, ya estás arreglada! Ahora a dormir.

—¡Tú también!—dijo Ana María, buscando pretextos para quedarse entre los mayores.

—No, tú solita—dijo Johnny, cogiéndola en brazo y desapareciendo con ella en una habitación.

Los tres visitantes se miraron unos a otros y sonrieron satisfechos.

—¡Esto marcha por buen camino!—dijo el juez.

Reapareció Johnny sonriendo muy alegre.

—¡Bueno, ya está acostada!

Se sentó de nuevo en el diván para seguir hablando con sus amigos y se oyó la voccecita de Ana María.

—¡Papá!

—¡Qué!

—Tengo sed. Quiero un vaso de agua.

—Cherokke, lleva un vaso de agua a la niña.

El juez, que se caía de bondad y estaba tan satisfecho al ver el derrotero que había emprendido Johnny, creyó que no debía perder la oportunidad para reconciliar al matrimonio y nuevamente se lanzó a hablar:

—No quisiera ser entrometido, Johnny, pero... ¿no cree usted que debería mandarle un recado?

—Aun no estoy del todo decidido—replicó Johnny, pensando en la maestra de escuela— Tenga en cuenta que...

—Si, claro, todo es cuestión de tiempo—dijo el juez.

—Ya empieza a ceder—murmuró Ben en voz baja.

—¿Empieza?—observó Fuzzy—. A mí me parece...

—¡Papá!—gritó la niña desde su habitación.

—¡Qué!

—La cama es muy dura—contestó Ana María.

—Ya se ablandará, no te preocupes.

No era Ana María de aquellas personitas a las que se convence fácilmente, y en vista de que no había logrado que su

padre fuese a su habitación, ella salió adonde se hallaban reunidos los caballeros.

—¡Buenas noches, papá! Me había olvidado de darte un beso.

—Buenas noches, hijita.

—También quiero dar un beso a los amigos. Buenas noches, tío Fuzzy; buenas noches, tío Ben, y buenas noche, tío Juez.

Johnny continuaba con la pequeña en brazos.

—Ahora ya se acabaron las bromitas y a dormir.

—Me parece, Johnny, que cuanto antes envíes recado a cierta persona, será mucho mejor.

—Sí, sí; es lo que voy a hacer. ¡Buenas noches!

Llevó Johnny a la pequeña a la cama de nuevo y los tres consejeros se marcharon silenciosamente, seguros de que habían realizado una gran obra convenciendo a Johnny de que mandara a buscar a Lorena. Jamás se les ocurrió que él pensaba en otra persona.

DOS MUJERES FRENTE A FRENTE

Cuando Johnny quedó solo estuvo un rato pensando en lo que le había dicho el juez apoyado por los otros dos y comprendió que él solo no podría cuidar de la chiquilla. Se levantó resuelto y llamó a su criado.

—Cherokke...

—¡Oh!—exclamó el indio, haciendo acto de presencia.

—He pensado que será mucho mejor que la señorita Winthrop venga aquí...

—¡Oh!

—Llégate en el carricoche hasta King City y trata de explicar a la señorita y a su tía lo que ocurre...

El indio daba a entender con su mirada vaga que no entendía qué era lo que había de decir.

—Mira, Cherokke, tú hazlas venir y yo ya les explicaré lo demás.

—¡Oh!—exclamó el indio; hizo una reverencia y desapareció.

—¡Papá!

—¿Qué te pasa, hijita? ¿Es que no me vas a dejar en paz?

—Aquí hay una serpiente muy grande...

—En esta casa no hay ninguna serpiente—contestó Johnny sin abandonar la saja—. ¡A dormir!

—Sí, papá, sí que hay una serpiente; es muy grande, es una culebra de cascabel...

—¡Mátala con el revólver! ¡Lo encontrarás en la mesita de noche!

Apenas había dado Johnny la orden de hacer fuego, se oyó un disparo y esto le hizo correr hacia la habitación donde se hallaba la niña.

—Mira, papá, mira qué grande es.

Johnny no podía creer sus ojos. En el suelo, al pie de la cama, había una enorme serpiente, muerta por el tiro que le había disparado Ana María.

—¿Qué te parece?—preguntó la pequeña, sonriendo angelicalmente.

Johnny la estrechó en sus brazos como no lo había hecho nunca.

—¡Papá, me ahogas!

—¡Mi pequeña! Has corrido un gran peligro.

—No lo creas, si no hubiese encontrado el revólver la habría matado con un zapato.

En el café de Lorena la concurrencia era numerosa como de costumbre, y cuando llegaron los tres amigos, la propietaria estaba cantando una de sus insinuantes canciones para animar al público. Cuando terminó su número se acercó a ellos.

—¿Dónde está Ana María?

—Está con Johnny, es su padre—dijo el juez.

—Si se obstina en no devolverme a mí...

—Tranquílcese, Lorena; venimos muy bien impresionados de la visita y tenemos buenas noticias para usted.

—¿Qué clase de noticias?

—Johnny quiere que usted vaya a vivir con él.

—No estoy de humor para bromas—dijo Lorena, sonriendo escéptica.

—Es verdad, Lorena.

—¿Y por qué me llama a su lado?

—Para cuidar de Ana María—explicó Ben.

—Entonces tendría que vivir con él en el rancho, ¿no?

—¡Naturalmente!—exclamó el juez.

—¿Esto se lo dijo él?

—¡Claro!—aseguró Ben, convencido.

—Todavía no les entiendo... Johnny me odia.

—Y usted le odia a él... pero es lo mejor para Ana María.

—¿Yo odio a Johnny?

—¿No es así?—preguntó el juez.

—Puede usted ser juez, pero también es tonto. Nunca he odiado a Johnny... Lo único que he esperado en vano ha sido una pequeña muestra de cariño sincero, de afecto hacia mí. Haré cuanto él quiera. Trabajaré como una esclava para darle gusto. Haré cuanto me pida y no tiene por qué quererme. A lo único que aspiro es que me necesite siempre.

—Sí, Lorena; hemos procurado convencerle y nos parece que de ahora en adelante todo marchará bien. Estoy seguro de que a la pequeña la quiero. Lo he visto con mis propios ojos y queriendo a la hija. ¿no va a querer a la madre?

—Señor Juez—dijo Lorena, dudando un poco—, deseo poder darle la razón.

—Ya verá usted cómo podrá dármele bien pronto.

Por el abrupto sendero que conducía a la cabaña ascendía pensosamente el carricoche de Johnny conducido por Cherokke. El indio conocía bien el camino y procuraba evitar los baches, pero en muchas ocasiones esto era imposible y el vehículo daba un salto que asustaba a las dos viajeras que conducía.

Una de ellas era joven y bonita. La otra era una señora entrada en años, muy peripuesta y propicia a la indignación. Cada salto del coche le representaba un trastorno y el sombrero que cubría su cabeza iba de un lado a otro con peligro de perderlo a cada momento.

La luz que procedía de las ventanitas de la cabaña hacia las veces de aro, y tía y sobrina, que éste era el parentesco entre las dos damas, miraban esperanzadas a aquella luz que significaba el término de un viaje emprendido a prisa y corriendo sin saber exactamente a lo que iban.

Llegaron al fin ante la cabaña y Johnny Hart salió a recibir a sus invitadas.

—¡Hola, Sheila! ¡Hola, tía Abigail! ¡Estás muy bonita, Sheila! Cuánto me alegro de veros.

—¡Hola, Johnny!—dijo Sheila, sonriendo mientras él la ayudaba a bajar del carricoche.

—¡Estás preciosa, Sheila!—dijo Johnny, admirándola, y en realidad era una joven muy bonita.

—Gracias, Johnny, eres muy amable.

El joven ayudó también a tía Abigail a descender del coche, y los tres penetraron en la casa.

—Me alegro mucho de que se hayan decidido a venir.

Tía y sobrina se habían sentado en el diván de la sala sin haberse despojado de sombrero ni guantes. Cherokke había entrado los maletines, que eran su único equipaje.

—La verdad es que estamos un poco sorprendidas—dijo la tía con un tono algo agrio—. Hemos tenido que levantarnos a media noche y hacer este penoso viaje por un camino atroz... sin tener la menor idea de lo que se trata.

—¿No tienen idea de a lo que han venido?

—Todas las explicaciones de tu emisario se han reducido a un ¡Oh!

—¡Oh!—contestó Cherokke.

—Me refería a este ¡Oh!—dijo la tía.

La situación resultaba un poco más difícil de lo que había previsto Johnny y tía Abigail hacia todo lo posible para empeorarla. Sheila permanecía quieta sin proferir palabra.

—Supongo que podrías dar un beso a tu novia... Si es que todavía es tu novia. Últimamente te has portado como si no lo fuera.

—Confío en que Sheila todavía es mi novia—dijo Johnny.

—Si lo soy, Johnny, y nada de lo ocurrido hará cambiar mi afecto hacia ti.

—No somos tan obtusas de criterio como tú crees. Además Sheila ya tiene edad para casarse, no vaya a quedarse para vestir imágenes como yo... Bueno, ¿quieres o no quieres darle un beso?

Johnny se puso en pie dispuesto a besar a Sheila.

—¡Claro!—exclamó.

—Papá, ¿quiénes son estas señoras?—preguntó Ana María,

penetrando en la habitación cubierta con la chaqueta del pijama de su padre.

—Si no me equivoco—dijo tía Abigail, mirando a la pequeña como si se tratara de un monstruo—, esta niña te ha llamado «papá».

—Sí—replicó Johnny.

—¡Pero tú no eres su padre!—insistió la tía.

Sheila permanecía silenciosa, mirando también a la niña con cierta simpatía.

—Sí, sí que lo es—explicó Ana María—. Ayer me dió una paliza.

—Sí lo soy, en cierto modo.

—No me digas que esta niña es un producto del bosque—dijo la tía.

—Verá usted, me obligaron a casarme a la fuerza.

—¿Quieres decir que un hombrón como tú, una débil mujer te obligó a casarse a pesar tuyo?

La expresión de cara de tía Abigail hacía sonreír a Johnny, aunque no estaba para bromas.

—Le aseguro a usted que una pistola puede convertir a un gigante, así de pequeño—dijo Johnny, señalando la punta de su dedo meñique.

—Oye, Sheila—dijo la tía—, creo haberte oído decir hace poco rato, que nada de lo ocurrido te haría cambiar...

—Sí—contestó Sheila con su habitual modestia.

—¿Para esto nos enviaste a buscar?—preguntó la tía.

—Sí.

—Pues no sé si debemos irnos ahora mismo, o después que te hayas explicado—exclamó la tía casi fuera de sí.

—Por favor, no se vayan... Las necesito.

Tía Abigail se había puesto en pie para iniciar la retirada, pero volvió a sentarse.

—¡Hum! La curiosidad siempre fué mi perdición. Expícatelo, Johnny.

—Pues... verán, todo empezó el día en que... Anda, Ana María, vete a acostar.

—¿Por qué, papá?

—Porque las niñas pequeñas no deben escuchar las conversaciones de los mayores.

—¡Ah! ¿No?

—No.

Aunque contra su voluntad, como Ana María viera la cara seria de su padre, se marchó sin chistar.

Era ya la hora de cerrar el café y aquella noche parecía que se cerraba en forma distinta a otras veces.

Lorena iba vestida con una blusita blanca y pantalón de montar.

—Lorena, Lorena, tú siempre has sido una buena chica—decía Fuzzy mientras observaba aquel cierre—. Nunca oí decir que cerraran un negocio porque daba demasiado dinero.

Blackie entró en el local y quedó sorprendido al encontrarlo desierto.

—¿Qué ocurre aquí?—preguntó a la propietaria.

—Cierro el café.

—¿Esta noche?

—No, para siempre.

—¿Para conseguir que Johnny le devuelva a Ana María?

—Me parece que ya merecería la pena, ¿no lo cree así?

—Sí, claro; pero no necesita tomarse tantas molestias. Yo se lo arreglaría todo—dijo Blackie, presumiendo de hombre influyente.

—No es preciso. Johnny me ha mandado llamar y voy al rancho a vivir con él.

La noticia sorprendió al matón.

—Lorena...

—¿Qué?

—Deseo que sea muy feliz... y si algún día me necesitara... llámeme.

—Gracias, Blackie.

Lorena salió a la calle donde ya tenía preparado un caballo, y sin volver la cabeza para mirar lo que dejaba tras de sí, salió galopando en dirección al rancho de Johnny.

Johnny estaba casi al final de su relato.

—... y así está el asunto, Lorena quiere divorciarse y entonces yo quisiera casarme con Sheila; si ella no se opone.

Tía Abigail tomó de nuevo la palabra.

—Si te gustan los hombres arrogantes, Sheila, no le dejes escapar. En toda mi vida no he visto otro caso de arrogancia masculina como la de este hombre. Nos pide que abandonemos nuestro hogar, que eduques a su hija y que cuides de su casa. Johnny, ¿no quieres que te corte el pelo aprovechando la visita?

—Yo estoy dispuesta a hacer lo que Johnny me pide—dijo Sheila, interviniendo por vez primera—, y tengo la seguridad de que tía Abigail también se quedará gustosa.

—Bueno, tal vez tengas razón, Sheila. Estoy cansada de ver cómo pierdes el tiempo educando chiquillos que no quieren aprender nada ni necesitan estudiar nada. ¿Cuándo fallarán el divorcio, Johnny?

—Creo que aun no se ha tramitado, pero...

Se abrió la puerta y Lorena penetró en la habitación como un bólido.

—¡Aquí me tienes, Johnny! ¡Cuánto me alegra que nuestras riñas hayan terminado para siempre! ¡Me siento tan feliz que...

Lorena miró a las dos damas que estaban sentadas en el diván y luego a Johnny.

—¿Quiénes son ustedes?—les preguntó un poco extraña.

—Soy la novia de Johnny—explicó Sheila.

La noticia actuó como fulminante sobre Lorena.

—¡Pues yo soy su esposa!

Tía Abigail dió un salto.

—¿Qué hace usted aquí?—preguntó Lorena a la joven, ignorando por completo a la tía.

—He venido a cuidar a la niña de Johnny.

Lorena se dirigió indignada hacia Johnny.

—¿Por qué te has querido burlar de mí? ¿Tanto te divierte esto?

—Te aseguro que no tengo la menor idea de lo que pasa... Ya comprendo, ellos creyeron que me refería a ti... Ha habido una gran equivocación, Lorena, cuánto lo siento.

—La equivocación la cometí yo, pero no cometeré otra. Tráeme a mi hija...

Tía Abigail se levantó y fué a hablar con Lorena.

—Escuche, jovencita...

—¿Quién es usted, otra novia?

—Soy la tía de esta señorita—dijo la dama sin perder la serenidad—, y quiero hablar con usted.

—Yo no quiero hablar con usted, ¡Quiero a mi hija!

—Precisamente voy a hablarle de ella... Johnny, ¿por qué no sales a fumar fuera y así podremos hablar de mujer a mujer?

Johnny salió a fuera y Lorena quedó mirando a tía Abigail con furia.

—Usted sabe que Johnny no la quiere, ¿no?

—Ya lo sé.

—¿Le quiere usted a él?—insistió la tía.

—Le odio.

—¿Cuáles son sus planes respecto a la niña?

—Tenerla siempre a mi lado.

—¿No son un poco egoístas?—preguntó la tía—. Tenga en cuenta que Johnny es el padre de la pequeña.

—¡Y yo soy su madre! La mujer sufre más por los hijos que el hombre. Usted debe saberlo.

—No he tenido un hijo en mi vida.

—Pues cuando lo tenga sabrá de lo que hablo.

—No me interesan los sacrificios que le costó su hija. Sólo quiero saber qué es lo que va a ser de ella. ¿Qué es lo que usted puede darle?

—Todo lo que le daría Johnny.

—No estoy de acuerdo con usted. Cuando Johnny y mi sobrina se hayan casado, ofrecerán un hogar a Ana María.

—¿Dónde se cree que vive ahora? ¿En una ratonera?

—Me refiero a un verdadero hogar—insistió tía Abigail, sin dar su brazo a torcer—, donde se la educará como a una señorita. Lorena miró a Shella.

—¿Su sobrina es una señorita?

—¡Claro!—exclamó la tía.

—Pues no quiero que mi hija sea tan boba como su sobrina. ¿No sabe usted hablar? Si quiere quedarse usted con mi marido y mi hija, ¿por qué no dice algo?

—Lo único que he de decir es que quiero a Johnny y que dedicaré toda mi vida a él y a su hija—dijo Shella sin inmutarse.

—Sería una madre perfecta—explicó tía Abigail, cogiendo de

nuevo la palabra—. Ana María crecería en un ambiente digno y no tendría de qué avergonzarse. —Las palabras de tía Abigail molestaron de nuevo a Lorena.

—¿Tiene algo de que avergonzarse ahora?

—El día de mañana, sí.

—¿Se burlarán de ella porque yo soy su madre?

—Harán algo peor que eso... Le destrozarán el corazón.

—¿Por qué? Porque soy la propietaria de un café... Pues esta madrugada lo cerré para siempre.

—¿Y cómo podrá mantener a su niña?

—Pues... trabajaré.

—En nuestros días sólo hay dos profesiones para las mujeres: La de mi sobrina y la de usted. La de ella es respetable.

—Yo también lo soy.

—No lo dudo, me refiero a la profesión. ¿Qué espera conseguir cantando en un café cantante? No hablo precisamente del suyo, sino de cualquier otro. ¿Qué ambiente rodeará a Ana María? Lo único que verá será un café tras otro... Si quiere usted a su hija...

—¿Cómo se atreve a dudarlo?—preguntó Lorena, furiosa—. La quiero más que a mi vida.

—Demuéstrelo.

—¿Cómo? Entregándola a su sobrina, que quiere que se lo den todo hecho y de segunda mano? Ya me he cansado de escuchar sandeces.

—Pero Lorena—dijo Sheila, levantándose.

—Y mientras yo no diga lo contrario, aun soy la esposa de Jonathan Hart.

Cherokee estaba observando la escena entre las mujeres desde una puerta contigua.

—¡Tú hablar demasiado!—dijo el indio sentenciosamente.

Lorena abandonó la cabaña y se reunió con Johnny en el exterior.

—Ven conmigo, Johnny, quiero hablar contigo.

—¿No podemos hablar aquí?

—Quiero alejarme de la casa y de esas mujeres—explicó Lorena—. ¿Te has enterado de lo que quieren que haga?

—¿Qué?—preguntó Johnny, afectando ignorancia.

—¡Quieren que abandone a mi hija! ¡Quieren que la deje! Y la vieja me dijo que las otras niñas harían llorar a Ana María, que le destrozarian el corazón, por culpa mía.

—¿Esto te ha dicho?

—Sí, Johnny...

—¿Qué?

Le costaba un gran esfuerzo hablar, pero Lorena comprendió que debía hacerlo.

—Si yo os entregase a mi Ana María... ¿vas a prometerme que la querrás siempre y que harás de ella una señorita?

—¿Hablas en serio, Lorena?

—Sí, Johnny, hablo muy en serio.

Johnny la miró fijamente.

—Es curioso... al decir esas palabras, me doy cuenta de repente, que es ahora cuando empiezo a conocerte.

—¡Johnny!

—Me has desconcertado, Lorena... lo único que yo deseaba era una madre para Ana María y no llegó a ocurrirme que tú podrías vivir conmigo...

—¿Crees Johnny que tú me quieres?

Lorena y Johnny se hablan apartado un poco de la casa para sostener esa conversación y como oyeran el ruido de un caballo galopando miraron hacia el camino, donde vieron un jinete que hula con Ana María.

A la puerta de la cabaña aparecieron Cherokke, tía Abigail y Sheila.

—¡Oh, Johnny! ¡Es algo horrible! — exclamó la tía—. ¡Ese hombre me ha pegado!

—¿Quién era?—preguntó Johnny, echando a andar en dirección a la casa.

—¡Blackie!—dijo Charokke.

—¿Y Ana María?

—Se la llevó—exclamó tía Abigail—, y dijo que Lorena podía reunirse con él cuando quisiera.

Johnny se volvió furioso contra Lorena.

—¡Ya comprendo! Por esto querías alejarme de la casa, ¿eh?

—¡No, Johnny, te lo prometo!

—Pero no lo creas, no te reunirás con él en mucho tiempo

—dijo Johnny, andando hacia donde se hallaba atado el caballo en que había llegado Lorena a la cabaña.

—¿Adónde va usted ahora?—preguntó la tía.

—¡A perseguir al malvado!—exclamó Johnny, montando el caballo y saliendo disparado hacia la misma dirección que había emprendido Blackie.

Lorena subió al carricoche que todavía esperaba ante la puerta.

—¿Adónde va usted?—preguntó de nuevo la tía.

—¡Al pueblo!—contestó Lorena.

—Pues nosotras también, no tengo ningún interés en quedarme en esta cabaña. No fueran a raptarme.

Lorena ya había subido al pescante del coche y cogía las bridas. Sheila y su tía se sentaron en el asiento posterior, tal como habían venido y Cherokke tomó asiento al lado de Lorena. Esta fustigó el caballo y salió en dirección al pueblo.

La calle mayor de Red Horse Gulch estaba muy animada, y cuando el carricoche llegó allí en loca carrera, llamó la atención de los que paseaban tranquilamente y de los que estaban de charla en los establecimientos.

Lorena llamó al juez y a Big Ben. Este montó inmediatamente su caballo y se puso junto al coche.

—¿Qué ocurre?—preguntó, extrañado.

—Blackie ha raptado a Ana María y Johnny ha salido en su persecución.

Big Ben disparó varios tiros al aire para llamar la atención de las gentes. Los disparos hicieron su efecto y tras el carricoche que conducía Lorena salieron varios jinetes armados para ayudarla en lo que fuese necesario. Pronto fué una verdadera caravana, aunque nada pacífica, la cantidad de jinetes que salieron tras el coche de Lorena. Esta lo guiaba por los caminos más difíciles y daban cada salto que una vez más el sombrero de tía Abigail corrió peligro de perderse.

—Queremos apearnos—gritó tía Abigail—. ¡Déjenos en el pueblo!

Lorena no oía a nadie y continuó con su carga humana sin darse apenas cuenta de sus gritos y protestas.

—¡Usted hablar demasiado!—dijo Cherokke a tía Abigail.

—¡Oh!—exclamó la tía, asombrada, ante tamaña impertinencia.

Era completamente inútil intentar apearse. El carricoche corría mucho y formaba parte del grupo de jinetes que había salido para alcanzar a Blackie y ver de ayudar a Johnny.

Blackie había llegado con Ana María en un bosque y creyó conveniente poner pie a tierra. Al mismo tiempo que él, saltó Ana María del caballo, y aparecieron algunos hombres amigos suyos, entre ellos «Búfalo».

—Me persigue muy de cerca—dijo Blackie a «Búfalo».

—¿Sí?

—Me han visto al momento de abandonar la cabaña y le ha sido fácil seguirme la pista. Ahora nos esconderemos en este bosque y luego ya veré lo que hago.

Johnny adelantaba rápidamente sin darse cuenta de que en el bosque habían hombres apostados esperándolo. Ana María, aprovechando que Blackie hablaba con los suyos, se había deslizado hacia donde vió que llegaba su padre, tan sólo para ver cómo le sorprendían los esbirros de Blackie y le obligaban a bajar del caballo.

—¿Dónde está Ana María?—preguntó Blackie, acordándose de la pequeña.

—Ahora mismo estaba aquí—dijo uno de los hombres.

—Pues no está, hay que buscarla.

La niña había corrido mucho más que todos ellos y su afán era reunirse con su padre. «Búfalo» y Jack salieron en persecución de la niña, y como Blackie la descubriera a buena distancia, empezó a disparar tiros al aire para amedrentarla, lo que no consiguió porque ella andaba tranquilamente ignorando todo peligro.

Al oír los disparos de Blackie, sus hombres, no sabiendo quién era el que disparaba, creyeron que podían ser amigos de Johnny y saltaron a éste. Libre de sus enemigos, Johnny vió a la pequeña que intentaba huir de Jack y «Búfalo». La intención de Johnny fué correr hacia la niña para evitar que aquellos malvados se apoderaran nuevamente de ella; pero entonces apareció Blackie con intención de disparar contra Johnny. Entre los dos hombres se entabló una lucha tremenda. Una vez parecía que Blackie llevaba las de ganar, pero de repente era Johnny quien

podía más que él. La pelea era tan furiosa y tan ciega que ni uno ni otro se dió cuenta de que adelantaban hacia un precipicio por el que bajaba una caudalosa cascada. Blackie se hizo hacia atrás para asaltar de nuevo a su rival y con este movimiento perdió el equilibrio y fué a parar al agua, siendo arrastrado por la corriente. Rendido por la lucha, Johnny se sentó sobre una roca.

El carricoche con las tres damas y Cherokkie había seguido a los contendientes y llegaba junto a Johnny al momento de haber terminado con Blackie.

—¿Por qué descansa? ¿Tenemos desgracia?—dijo Cherokkie.

—¿Qué ocurre?—preguntó Johnny, poniéndose en pie.

—Ana María en el precipicio.

Corrió Johnny adonde le indicaron y vió con horror a la pequeña que en su afán de huir de «Búfalo» y Jack intentaba tranquilamente cruzar al otro lado del río a través de un enorme árbol que servía de pasarela sobre la catarata.

Johnny se estremeció cuando vió donde se halla la chiquilla, pero no era cuestión de asustarla ni hacerle ver el peligro, puesto que ella no se daba cuenta, y con mucho cuidado empezó también a pasar aquella maroma que se extendía sobre el río que corría a una profundidad de más de cien metros.

—Ana María, pon mucho cuidado y procura desandar el camino andado.

—¡Oh, papá! ¿Tú estás aquí?

El peso de Ana María había sido bien soportado por el árbol, pero al agregarle ahora el de Johnny pareció que el punto de apoyo no era demasiado fuerte. Lorena miraba la maniobra que estaba realizando Johnny horrorizada. Bastaría que las raíces en que se apoyaba el árbol cedieran para que Johnny y su hija se hundieran para siempre en aquel río de terrible corriente. Cada paso que daba Johnny era un paso hacia la muerte y Ana María estaba tranquilita como si se hallase sobre un lecho de plumas.

—¡Oh, papá! Me ha costado mucho trabajo llegar hasta aquí.

—Pues procura volver con mucho cuidado... Así, así, paso a paso... dame la mano—decía Johnny, estirando el brazo, que todavía no alcanzaba adonde estaba la chiquilla.

Ana María encontraba la situación la mar de divertida. Su padre a un extremo de la pasarela, su madre observando con

ojos de terror y ella andando poco a poco sobre el tronco. Hubo un momento en que pareció que la niña perdía el equilibrio. Lorena lanzó un grito. Johnny dió un paso hacia adelante y cogió a la niña por donde pudo y la puso a salvo.

Cuando ambos estuvieron de nuevo sobre tierra firme, Lorena corrió hacia ellos y cogió a Ana María en sus brazos, besándola nerviosamente.

—Por poco la matas—dijo a Johnny—. Yo la hubiese salvado más fácilmente, sin necesidad de tantas cosas ni tanto tiroteo.

Johnny, no repuesto todavía del susto pasado para coger a la niña, escuchaba a Lorena sin protestar.

—Sí, sí, si no puedes armar peleas y tiroteos ya no eres feliz—decía Lorena.

Pasados unos minutos, Johnny recobró la calma y miró a su esposa.

—¡No sabes lo que te hablas!

—Sí, ya lo sé. Te imaginas que no sirvo para nada.

Mientras tanto habían llegado adonde se hallaban Johnny, Lorena y la niña, tía Abigail, Sheila y Cherokee.

—Será mucho mejor que te vayas con tu maestra de escuela y...

—Lorena, ¿quieres escucharme?

—No quiero oír una sola palabra tuya.

—¿Es que no es posible sostener contigo una conversación con calma?

—Buenos estamos para hablar con calma, después de todo lo que ha ocurrido.

—Pero, es que si no quieres escuchar razones será imposible que jamás lleguemos a un acuerdo. Cuando has venido a la cabaña parecía que habías entrado en razón, pero ahora me doy cuenta de que no has cambiado en nada, sigues tan irrazonable como siempre.

—¡Bueno!

Sheila escuchaba la discusión entre aquel extraño matrimonio.

—Tía, creo que sería mucho mejor que nos marcháramos a casa...

—¿Sí?—preguntó la tía, que después del accidentado viaje hasta el despeñadero había perdido algo de sus energías.

—Sí, tía; no tengo ningún inconveniente en educar a la niña de Johnny, pero no me veo capaz de educar a su esposa.

Las dos señoras dieron media vuelta y abandonaron el campo. Big Ben, que también había tomado parte en la refriega, ascendía lentamente por el camino a fin de reunirse con Johnny.

—Lorena, ¿quieres venir conmigo a casa?—preguntó Johnny muy serio.

—¡No!

Era inútil gastar más palabras con ella, y cogiéndola sin darle tiempo para protestar, Johnny la colocó sobre sus rodillas, cara abajo, y le propinó la paliza más grande de su vida. Lorena gritaba como una loca cuando Big Ben llegó hasta ellos.

—¿Qué ocurre?—preguntó a Cherokke.

—Ella hablar demasiado.

—Papá, ¿has pegado a mamá?

—Sí, hija, porque se lo merecía.

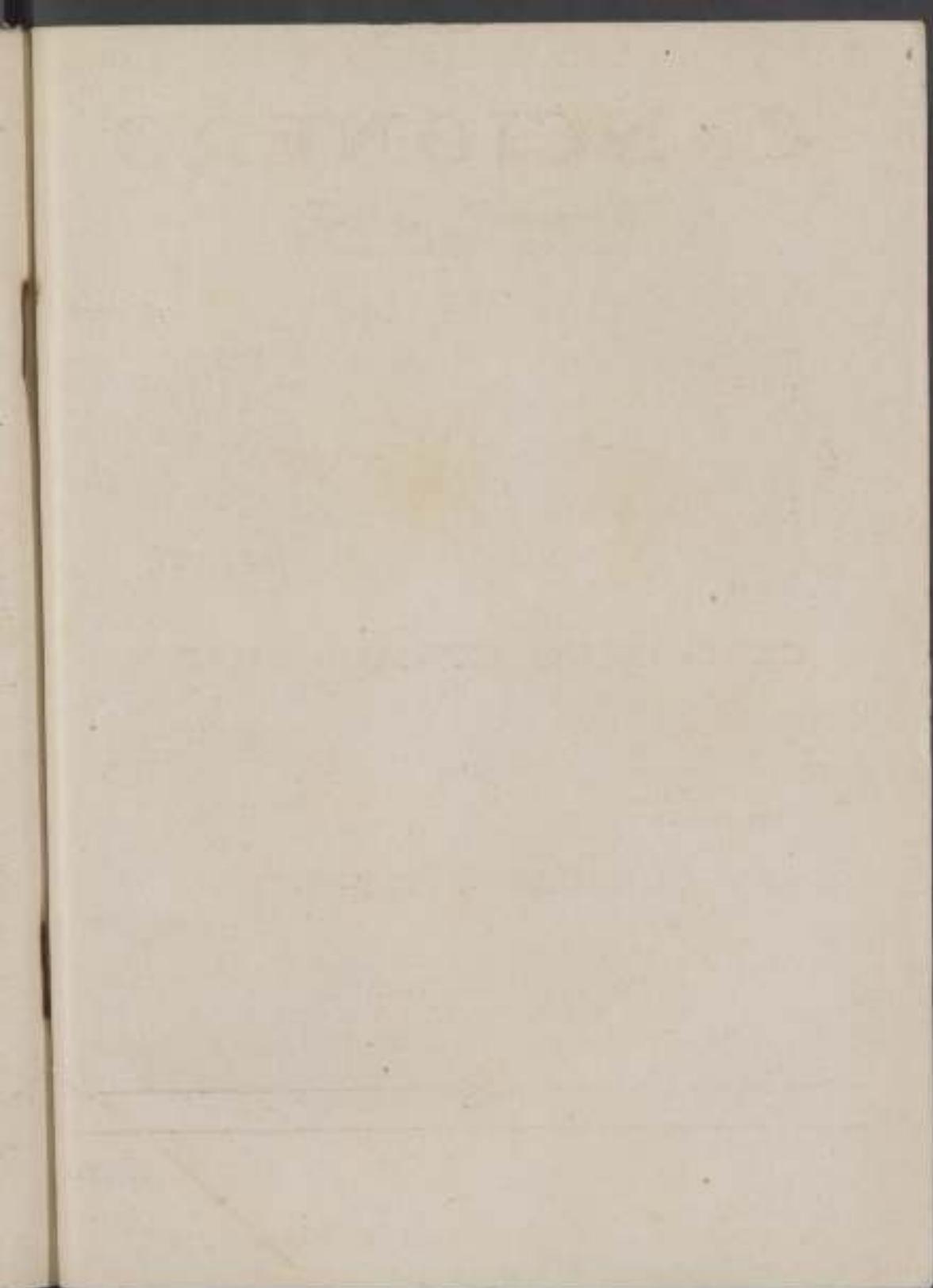
—¿Entonces es que también la quieres?

—Sí, hija, es lo que intentaba decirle; pero no me dejaba hablar.

—¿De veras me quieres, Johnny?—preguntó Lorena.

—¡Ya lo creo! ¡Ya has visto la paliza que te ha dado!—dijo Ana María.

FIN DE LA NOVELA



CANCIONERO

de  Editorial **ALAS**

1' - peseta

PEPE BLANCO
CARLOS GARDEL
ANTONIO AMAYA
CARMEN FLORIDO
ANTONIO MACHIN
MANOLO CARACOL
JUANITO VALDERRAMA
LOS MEJORES CANTARES
BONET DE SAN PEDRO
NIÑA DE LA FUERLA
HERMANOS VIANOR
CONCHITA PIQUER
RAQUEL RODRIGO
GLORIA ROMERO
PEPITA LLACER

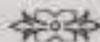


IRMA VILA
NEGRETE
JUANITA REINA
NIÑO ALMADEN
MANOLO SEVILLA
EL PRINCIPE GITANO
MIGUEL DE LOS REYES
TOMAS DE ANTEQUERA
IMPERIO ARGENTINA
GRACIA DE TRIANA
PEPE MARCHENA
EL GRAN EL-KI
LOLA FLORES
JOSE MARIA

CANCIONERO EXTRAORDINARIO

1'50 ptas.

TOMAS RIOS
ANTONIO MACHIN
BONET DE SAN PEDRO
MARIA DEL VALLE
LOS CLIPPER'S



RAUL ABRIL
CANCIONERO ESTELAR
CINCO ESTRELLAS DEL HOT
TRIO CALAVERAS
PEPE DENIS

COLECCION NEGRETE

1'50 ptas.

CREACIONES DE JORGE NEGRETE
JORGE NEGRETE Y AMANDA LEDESMA
JORGE NEGRETE, SUS NUEVOS EXITOS
JORGE NEGRETE - IRMA VILA - TITO GUIZAR

Pedidos a EDITORIAL ALAS - Apartado 707 - Barcelona

3'50 ptas.